

a pie de página

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO

DIRECTORIO

Adán Augusto López Hernández
Gobernador de Tabasco

Yolanda Osuna Huerta
Secretaria de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento
a la Lectura y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura

Carlos Coronel
Diseño

Héctor de Paz
Redacción

Isidro de la Cruz
Luis Alonso Fernández (†)
Arturo Filigrana Rosique
Francisco Payró
Kristian Cerino
Colaboradores

D. R. © 2020
Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes
1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

Impreso en México - Printed in Mexico

Presentación

La publicación y la literatura son dos tradiciones de amplias raíces en el estado de Tabasco. Desde los versos del presbítero José Eduardo de Cárdenas en la Colonia a la aparición de los primeros impresos en Tabasco en los albores de la etapa independentista, su relación ha sido fructífera y enriquecedora.

Una de las tareas fundamentales para el estado en aras del resguardo de la memoria colectiva de la comunidad es el fomento a la edición pública, ya que gracias a ella se enriquece el acervo cultural de nuestra sociedad.

Esta publicación, que hoy ponemos en las manos del lector, es un esfuerzo editorial que suma voces que nos confirman la salud de nuestras letras, al tiempo que abre un espacio para nuevas aportaciones con búsquedas frescas, originales, incluso divergentes, que contribuyan al amplio mosaico literario que es hoy nuestra literatura.

Yolanda Osuna Huerta
Secretaria de Cultura

Índice

- El jalón literario: identi kid** / Fernando Nieto Cadena (†) 3
Poemas / Elizabeth Meza, Eréndira Toledo Cortés,
Magnolia Vázquez Ortiz, Miriam Castillo Castro
y Rodrigo Artega Portillo 4



- Iconografía Iduarte** / Ervey Castillo 9
El caballero escritor / Víctor Sámano Labastida 12



- La máscara en la silla** / Marco Antonio Murillo 19



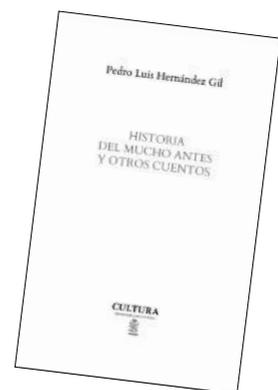
- Los demasiados libros** / Francisco Payró 28
Borges y Pacheco / Carlos Coronel 30
Miradas / Arturo Filigrana Rosique 33
Del otro lado del fomento a la lectura / Luis Gámez 41
La palabra encantada / Jaime Labastida 44



- Los afeites en la obra de Sor Juana** / María José Rodilla 48



- Como un tren** / Berci Domínguez 54
Memoria, paisaje y personajes / Kristian Cerino 55
Sobre los días erráticos / Jorge Vital 58
El cuento y su realidad / Pedro Luis Hernández Gil 60
Poemas en maya / Marga Beatriz Aguilar Montejo y
Alejandra Sasil Sánchez Chan 62



El Jalón literario: *identi kid*

Fernando Nieto Cadena (†) 



Fernando Nieto Cadena
(Quito, Ecuador,
1947-Villahermosa, Tabasco,
2017). Es autor de los
poemarios *Somos asunto de
muchísimas personas* (1985)
y *Duro con ella* (1996), entre
otros.

Hace algún tiempo ese bacilo vacilador de pretender a través de la escritura expresar y testimoniar las múltiples realidades de nuestras más obsesivas obsesiones sociales y particulares, nos orilló a poner los pies sobre la tierra, despojarnos de nuestras falsas modestias y sin caer en vanidades almidonadas, intentar un diálogo que vaya más allá de las incursiones interpretativas alrededor de un texto para participar con nuestros granitos de arena, sal y mostaza en la elaboración, promoción y desarrollo de la cultura artística, aquí donde vivimos aunque algunos no hemos nacido bajo las sombras tutelares de las sagradas ceibas, sin perder de vista que esta territorialidad es sólo un segmento de una gran patria mayor que no se satisface con ser llanamente afrolatinoamericana sino que busca abarcar el mundo entero y sus alrededores a través de esa experimentación lúdica que es la literatura.

Como buen jalón pretendemos dar cada uno nuestra sub/versión del lenguaje. Por eso lo de jalón debe entenderse en todas sus múltiples acepciones que sin temor, recato y sí con mucho desenfado aluden a todo cuanto pueda ser humano porque sabemos que nunca podremos ser demasiado humanos. Jalón pues en todos los sentidos, correctos o incómodos, coloquiales o no, en disfrute de un rancio desarraigo o bajo la gozosa tensión de una sociabilidad que no renuncia a experimentar con el lenguaje para hacerlo cómplice y encubridor de nuestras más entrañables indagaciones de la vida bajo, en y a flor de piel. Después de todo, el mismo diccionario de los no muy a veces recatados académicos de la lengua, acolita nuestra pretensión. En el fatigoso mamotreto se puede leer en su acepción dos: jalón, hito situación importante, o punto de referencia en la vida de alguien o en el desarrollo de algo. Citado esto cualquier otra explicación nos queda al mismo tiempo guango y guangocho.

Lo dicho, dicho está. Damos fe.

Elizabeth Meza García

Hay pájaros que cantan de noche
amanecen en pedazos
trozos de canto
canto triste como de lluvia
como calles anegadas de plumas
el río abre los brazos arrulla su canto
canto de pájaros muertos



Tiras el amor desde un séptimo piso
cae rebota golpea
un ave se hunde fría en tus manos
la deshojas la limpias la aprietas la apagas
mejor así piensas
con el mejor te alimentas de sobras
con el mejor agonizas desde la boca
te atragantas de mejor
mejor así

Algo escapaentra en ti corre tus sueños pasea concéntrico
quieres gritar despertar recorrer con la vista el cuarto vacío
quién observa
quién sueña
quién despierta a medianoche

Quieres escribir como el músico que desarrolla delinea notas
sentido emoción
escuchas a Phillip Glass interpretando *Metamorphosis*
cada nota te provoca cambios
el sonido aprisiona / libera / fragmenta
si pudieras como esas manos despertar el ritmo

La música continúa
detienes el tiempo en los recuerdos
sus manos te recorren
Zbigniew Preisner interpreta *Les Merionettes*
te sientes te sabes
el piano calla
el cuerpo muere

notas de desencanto
los pianos también se secan
The heart asks pleasure first Miachel Nyman

Amanecí sintiéndome un pájaro muerto



Carlos Coronel / Secretaría de Cultura

Elizabeth Meza García
Licenciada en
Comunicación y
Relaciones Públicas.
Premio Universitario de
Poesía Teresa Vera 2013.
Publicó en Ediciones
MCC el poemario *Todo
se olvida pero se olvida
solo por un tiempo.*

Eréndira Toledo Cortés

Tierra sin ti
Atormenta el sonido animal detrás de la ventana árboles ramas
en desgracia hojas chillando Suerte En la calle respiración de barrotes
Tiempo seco Vestidos de fiesta vamos contigo de la mano ignorantes
resignados emanando reproches propios Incómodas preguntas empujan
frente al hueco profundo que espera Te dejaste morder Te entregaste a la
hora inquieta marcada de violencia

Cordero del destino ora por nosotros
primo sacrificado ora por nosotros
hermano destruido ora por nosotros
hijo levantado ora por nosotros

Momento de mudarnos cambiar piel por estación Vida nueva a golpes
impuesta ¿A quién reclamo?

Cordero del destino ora por nosotros

Toca la banda sones viejos abren paso a un destiempo olvidado Vergonzoso
cortejo de flores velas música enaguas rasgadas

Primo sacrificado ora por nosotros

Caray que cruda la mañana Hueco terroso traga almas perdona la mía
hermano destruido ora por nosotros

Te llevaste cuanto pudiste ¿Hay manera de controlar el llanto? ¿Embar-
rar dolencias?

hijo levantado ora por nosotros

Pregunta ¿cómo nos fue? Estamos en proceso No estás aquí sí estás
aquí ¿Cómo le hacemos para decidirnos? Pelear ganar el derecho de
retenerte ¿Estás? ¿Aquí? ¿Y yo?

No hay suelo que devore Camino de agua para penas sangrientas Inten-
to mantenerme cuerda a mí que hasta banda traje por si la música nos
lleva a todos

Ora por nosotros Ora por nosotros Ora por nosotros

Ofrenda servida mañanas sin red
Esta es la tierra sin ti



Carlos Coronel / Secretaría de Cultura

Eréndira Toledo Cortés
Psicoterapeuta Gestalt.
En 2019, la Secretaría de
Cultura editó su
poemario *Victimas y
victimarios*.

Magnolia Vázquez Ortiz



Carlos Coronel / Secretaría de Cultura

Magnolia Vázquez Ortiz
Licenciada en psicología
y maestra en Letras. En
2019, la Secretaría de
Cultura editó su
poemario *Confesiones de
una viviente*.

La miro deambular fantasmal en los sitios donde
encuentra tu huella
insistente cadavérica
Deambula sombra pálida perdida su mirada toda perdida
frenética demente
Perdida va tras su pérdida en los espacios donde tu mano tu boca
tu voz palparon besaron hablaron
Busca incesante en todo su cuerpo su casa su espacio
Dónde encontrar pedazos de tu corazón ayer amoroso cálido suyo
hoy frío petrificado ausente
Regresas
Avalancha cae sobre ti sorprendido te coge te sacude
te arrastra hacia sí fuera de sí
Insensata sin razón
Te llora sus recuerdos ayer vivencia
Implora suplica piedad
No la tienes
Su asalto te provoca repulsión pavorosa rechazo despiadado
Insolente brutal te retiras
Lacerada por tu abandono vomita amor lo traga regurgita
Se repite te repite *vuelve vuelve vuelve*
El eco responde dentro
Corazón perforado hueco vacío
Doliente la miro
Mi espíritu se acongoja quisiera darle mi mano mi abrazo
parte de mi corazón
Imposible
Pesa más la sangre la traición la tradición
Me retiro
no quiero saber ver palpar probar la locura en que hunde
el desamor
En la oscuridad de la noche el silencio juzga.



Miriam Castillo Castro



Carlos Coronel / Secretaría de Cultura

Miriam Castillo Castro
Licenciada en Idiomas
por la Universidad Juárez
Autónoma de Tabasco.
Actualmente realiza un
posgrado en Literatu-
ra Comparada por la
Universidad Nacional
Autónoma de México.

Qué te hace vivir
Qué deseo te aferra a la cima de la montaña
de polvo
Qué alegría ofrece la reiteración del plato de ayer
de lo mismo de siempre
Hambre
Escasez de esperanza
Profusión de calamidades
Cómo vivir indiferente
Tristeza en tus ojos Dolor de ver morir
No hay remedio llegar a casa refundida en el olvido
que vives
Lo que hago no sirve No ayuda
Me desvelo en pensamientos que componen al
mundo Se disuelven al abrir
los ojos
Nada sirve
No te sirven las quejas ni la piedad ni las palabras que
escribo si la miseria te carcome
Nadie soy Veo la panza de tus hijos llena de lombrices
La puerta de la casa es tal vez evidencia de mi culpa
Un trozo del monte que agoniza
Qué puedo hacer por ti con este poco que sé
con estas palabras que manchan y se extinguen
La caridad no es soplo de vida para la tierra inerte
No hay providencia en el cielo
La diosa estrangulada
Muerta La Madre Tonantzin no oye el llanto de sus
huérfanos
No necesitas mis palabras esta hoja es tuya mi comida
es en parte tuya
Vivir como quien no oye ni ve ser humano incapacitado
para ser
No tendré paz



Rodrigo Arteaga Portillo



Carlos Coronel / Secretaría de Cultura

Rodrigo Arteaga Portillo
Licenciado en Lengua y
Literatura Hispánica por
la Universidad Nacional
Autónoma de México.
Ha publicado los libros
¿Los elegidos de Dios? y
Rompecabezas.

Debes matar a tu esposo, a tu hijo
Hacer un sacrificio con sus cuerpos
Devorarlos por propia voluntad

Ignoran la comida, el aseo

Lees *La mujer rota*

Ves televisión

Haces tiempo

Nadie sabe lo que harán

Quisieras estuvieran muertos

Eres mujer y combates al hombre

Corres hambrienta

Libre

Sin señor

Sin tu santo esposo

Sin tu hombrecito

A qué sabrá la carne humana

Comen mejor que la res y el cerdo

Quisieras tener un póster de las Amazonas en tu cuarto

Arriba de tu foto de bodas

Quieres sentir

¡Gritar!

Tantas cosas que no existen

Dónde están

Las mujeres son fugitivas

Tu esposo dice legalicen la pena de muerte

Esas no son mujeres

Tú sí

Si supiera

Quisieras no estar en tu cuerpo, en tu casa, con los tuyos



PERFILES

Iconografía de Andrés Iduarte

Ervey Castillo 

EL VIAJE NO TERMINA

ICONOGRAFÍA
DE ANDRÉS IDUARTE



Carlos Coronel / Secretaría de Cultura



Carlos Coronel / Secretaría de Cultura

Evey Castillo

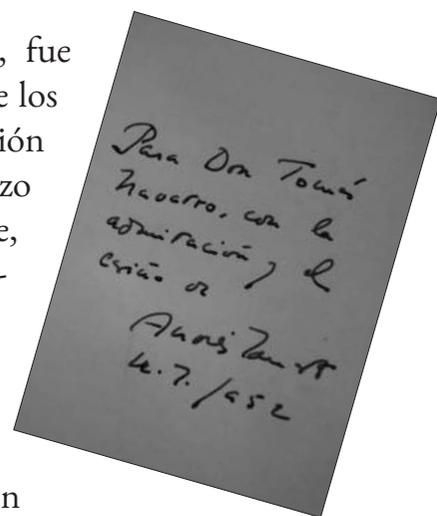
Escritor e investigador con estudios en lenguas extranjeras por la UJAT y literatura mexicana por la BUAP. Es editor de Casalia Ediciones. Autor de cinco libros de poesía. *El viaje no termina* se publicó en 2018.

El viaje no termina evoca los grandes afluentes en que descansan, o mejor dicho, navegan las cenizas del escritor Andrés Iduarte: los ríos Grijalva de Tabasco y Hudson de Manhattan, Nueva York. Inmensos cuerpos de agua dulce en las que el intelectual nacido en Tabasco quiso continuar su rumbo, ya sin escalas posibles.

Andrés, en vida y obra, fue también torrente, mas no de los que avanzan hacia la dirección impuesta, sino que, a brazo partido y contracorriente, apostó por el camino empedrado de la honestidad y la moralidad, y en ese naufragio luchó contra un caudal que quiso arrastrarlo, hundirlo hasta el fondo en que los hombres se quedan sin dignidad ni alma.

Incólume, el narrador cruzó fronteras y dejó patente en cada sitio su compromiso con los demás y ese gran sentido de la hermandad que puede leerse en libros como *En el fuego de España* y *Semblanzas*; virtudes de las que este material también da constancia al permitirnos asomarnos por vez primera a un compendio de datos e imágenes que revelan escenarios íntimos con familiares y amigos.

Así, lo acompañamos a su niñez, cuando vivió los albores de la Revolución en el sureste mexicano; a los tiempos de juventud en la ciudad de



Dedicatoria de Iduarte al lingüista Tomás Navarro.

México, y más tarde al corazón de España, donde luchó por la causa de esa república en compañía de grandes figuras del arte como Octavio Paz, Pablo Neruda, David Alfaro Siqueiros y Luis Cardoza y Aragón, entre tantos otros intelectuales latinoamericanos.

También es esta una guía para seguir su huella por París y Nueva York (como estudiante de letras en la Sorbona y como profesor de literatura en Columbia University); su incursión como director del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) en su patria amada, y las andanzas en pareja con su inseparable Graciela Frías Amescua, entre otras estampas.

Con esta publicación reconocemos y celebramos a un literato, una celebridad de la lengua española que se desempeñó apasionadamente en el relato, la crónica novelada, el ensayo, la biografía y la novela; un latinoamericano de cepa mexicana y raíz tabasqueña que supo describir cuanto estuvo ante sus ojos con la misma claridad con que vivió sus propios días. Quizá sea Julieta Campos quien más se acerca a la definición de lo que fue Andrés Iduarte, de quien dijo, fue «universal porque vivió densa, intensamente, su singularidad tabasqueña».

«Incólume, el narrador cruzó fronteras y dejó patente en cada sitio su compromiso con los demás y ese gran sentido de la hermandad que puede leerse en *El fuego de España*»



PERFILES





Andrés Iduarte
El caballero escritor

Víctor Sámano Labastida 

- De Graciela -

Tengo preocupaciones de amor y necesito escribirlas. Mi mentalidad es gráfica, es gráfica mi memoria. No recuerdo bien sino lo que leo y no entiendo bien sino lo que escribo. La reminiscencia y el conocimiento se me aclaran y precisan cuando los doy al papel, cuando los tomo de la página del libro. Esta es, pues, la única razón que me lleva a escribir mis cavilaciones. No hay en esto ni vanidad ni romanticismo. Este amor es -salvo, claro, sus peculiaridades- como los cuatro amores que antes he vivido; y como los amores de todos los hombres que piensan un poco. Mi excepcional, ni extrahumana. No pretendo situarme como amante novelesco y menos pretendo dar a este amor un carácter de sobrenatural.

La conocí hace años. Conocí su silueta. Una noche vi esta, sin ver el rostro de la muchacha, en la puerta de la calle privada de Londres donde vivían. Debajo las espaldas a una lámpara que me deslumbraba. Era una silueta finísima. Como entonces era yo un romántico, naturalmente esto, me impresionó. Entonces todas las mujeres me impresionaban, todas las muchachas lindas que conocía me parecían hechas para escribir conmigo, en el libro de la vida, un amor ultraterreno, trascendo. Pero era novia de otro, y Octavio me lo dijo. Poco después me fui a Europa. En Europa sabía yo de ella, por las cartas de Octavio; y no se me olvidaba que era muy linda. Recuerdo que en una carta a Octavio había hablado típicamente de la desconocida. Volví. Pulmon alguna vez a su casa. En esa época recordaba yo mucho a Juana, mi mujer de Montpellier. En Graciela creí hallar parecido a Juana, y por eso me encantó. Esa creí, esa tré duje; lo cierto debe haber sido que me gustó, y porque me gustó inventé el parentesco con la mujer que entonces amaba. El tiempo pasó. Un día supe que no era virgen. Otro día supe que el responsable había huido.



Una carta inédita donde Iduarte expresa su amor e inquietudes por el futuro con Graciela Frías, quien llegaría a ser su esposa.

Andrés Iduarte recibió de Narciso Bassols una *Remington*, que el tabasqueño perdió y tuvo que volver a conseguir.

Aprovecho esta presentación para recordar a dos amigos ausentes. Uno, ausente porque lamentablemente se nos adelantó. Me refiero al más tabasqueño de los colombianos que han vivido en estas tierras, Lácides García Detjen; otro, que por el momento salió huyendo del calor y esperamos que el intenso frío lo regrese a estas aguas, a nuestro amigo Ervey Castillo Alcudia, autor de la obra que hoy comentaremos.

Tanto a Lácides como Ervey les agradezco haberme acercado a los textos de Andrés Iduarte, un intelectual tabasqueño que es más conocido en el extranjero que en nuestro país. Les comento brevemente que allá por el año 2006, cuando apenas habían pasado las campañas presidenciales el historiador Enrique Krauze publicó un ensayo que tituló: «Los ta-

basqueños suicidas», el mismo que meses antes —en junio— había publicado el texto «El mesías tropical». En los dos casos Enrique Krauze se refería a su blanco predilecto, al tabasqueño Andrés Manuel López Obrador.

En su texto sobre los «tabasqueños suicidas», Krauze pretendió elaborar una tesis sobre por qué los políticos tabasqueños se quedaban en el camino a la Presidencia. Y colocaba en el mismo terreno a José María Pino Suárez, Tomás Garrido Canabal, Carlos Madrazo Becerra, Roberto Madrazo Pintado y Andrés Manuel. Decía el historiador que hay un instinto suicida en los políticos tabasqueños, que les impedía llegar a la Presidencia.

Recuerdo que entonces Lácides, con su enojo risueño, me hizo una breve y emocionada exposición sobre las fallas de



Máquinas de escribir mecánicas marcas *Royal* y *Olympia-Werke* que acompañaron al escritor en sus viajes por Europa y América.

la tesis de Krauze: se trataba de una visión discriminatoria, racista, porque no se podía concluir que los habitantes del trópico fueran por definición suicidas y violentos. Además, me dijo, ni siquiera era una tesis original que Krauze adjudicaba a otro político casi suicida: Gustavo Rosario Torres.

El perfil sobre el arquetipo de la violencia tropical, me comentó Lácides, ya había sido expuesto por Andrés Iduarte, en 1932 —hacía más de 70 años antes en su obra «El caballero matón».

Fue entonces, como ocurría cuando dialogaba con Lácides sobre algún autor, que me hizo llegar un paquete de libros con la obra de Andrés Iduarte. Hay que recordar que en Tabasco se publicaron, a principios de los años noventa las obras de Iduarte en ocho tomos.

Por cierto que a principios de los años ochenta, Radio Tabasco de la Comisión de Radio y Televisión de Tabasco, adaptó y transmitió dos obras de Andrés Iduarte: «El caballero matón» y *Un niño en la Revolución mexicana*. Ojalá pueda ser retransmitida la primera, esta segunda ya lo fue el año pasado.

VIAJE INTERMINABLE

Leí a Iduarte gracias a un colombiano, y posteriormente me adentré más en el conocimiento de este personaje gracias a Ervey Castillo, quien estaba trabajando una iconografía en relación al escritor e intelectual tabasqueño.

Ervey Castillo realizó estudios de maestría en literatura mexicana en la Universidad de Puebla, en la BUAP, del 2007 al

2009. La obra *El viaje no termina. Iconografía de Andrés Iduarte*, es parte de su investigación en ese tiempo.

Una obra, como bien dice, convertida en una guía para seguir la huella del ilustre tabasqueño quien tuvo la fortuna de vivir uno de los periodos más intensos, a veces trágicos, muchas veces luminosos, no sólo de México, sino también del mundo. Vivió, por ejemplo, la batalla desigual de los republicanos contra el fascismo en España.

Y precisamente a Iduarte hemos de agradecer que haya dejado testimonio de su experiencia personal, de aquellos tiempos. Desde la niñez, con el extraordinario relato de *Un niño en la revolución mexicana*, y *Un mundo sonriente*, pasando por la adolescencia y la juventud con su colección de textos *Preparatoria*, para luego ofrecernos un testimonio de su desarrollo intelectual, de su compromiso histórico, en obras como *En el fuego de España*, *México en la nostalgia*, y una serie de estudios sobre personajes fundamentales para nuestra América como José Martí, Domingo Sarmiento, Rómulo Gallegos, Gabriela Mistral, entre muchos otros. Así como trabajos diversos sobre sus contemporáneos y sus ideas.

Le tocó vivir los tiempos inmediatos a la Revolución mexicana y también la resistencia republicana de los españoles al fascismo

PERSONAJE AUTOBIOGRÁFICO

Sus colaboraciones para periódicos aparecen sobre todo en *El Popular*, *Excelsior* y *El Nacional*. Recuerdo que mi primer acercamiento a este casi desconocido personaje fue allá por 1975 cuando la Secretaría de Educación Pública tuvo el tino de editar una serie de libros para los profesores, en la colección SEP Setentas, Entonces yo, aspirante a periodista, leí sus textos en el volumen *Los lunes de El Nacional*.

Sabedor que los periódicos diarios eran el medio adecuado para el debate cultural y político, para abrir el diálogo público, dirigió y participó en suplementos importantes como *Revista Mexicana de Cultura* y la *Cultura en México*.

Su extensa obra abarca el relato, la crónica, novela, ensayo, crítica literaria.

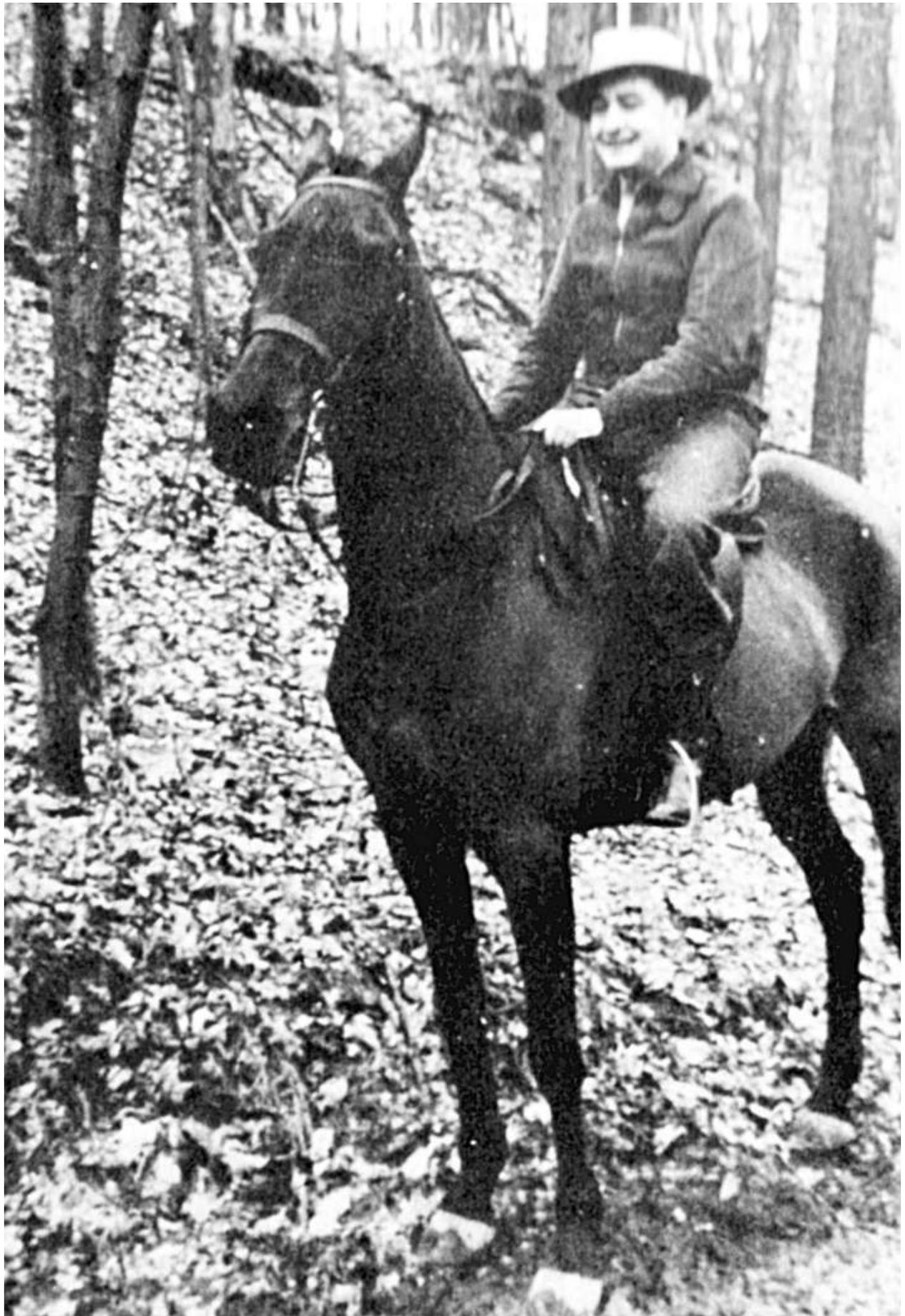
Quienes han estudiado a Iduarte coinciden en que su labor literaria se inscribe en dos corrientes: la autobiográfica y la evocadora del país, de su tiempo y de sus contemporáneos.

Sin duda que Andrés Iduarte estuvo marcado por las revoluciones. Le tocó vivir los tiempos inmediatos a la Revolución mexicana y también la resistencia republicana de los españoles al fascismo.

Él mismo padeció los efectos del vendaval revolucionario. Su familia tuvo que salir de Tabasco y también ya estando en la ciudad de México pagó con el exilio el choque entre el oficialismo y la oposición de izquierda. Es conocida la anécdota en torno a los funerales de Frida Kahlo.

También estando en España la guerra lo expulsó hacia Estados Unidos.

Aprendió entonces a amar a su patria, cuando la noción de patria no era, como dijo Samuel Johnson, el último refugio de



los canallas, sino cuando aquella en la que como John Dos Pasos sostenía: «podéis arrancar al hombre de su país, pero no podréis arrancar al país del corazón de un hombre».

Andrés Iduarte es un ejemplo de cómo se puede amar al país, a su gente, sin dejar de ser solidario con nuestros semejantes; también es un ejemplo cómo se puede hacer buena literatura, sin dejar de promover la literatura y el valor de los otros, de nuestros prójimos. Me parece que en Iduarte se cumple el dicho de que antes que nada hay que ser una buena persona para cumplir cualquier vocación.

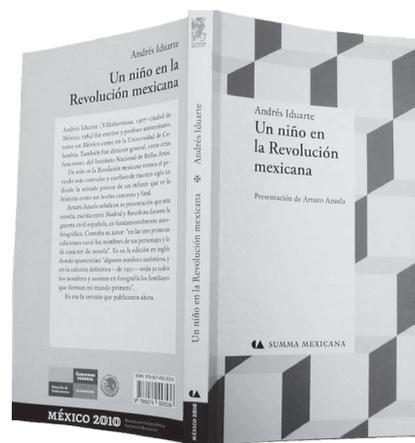
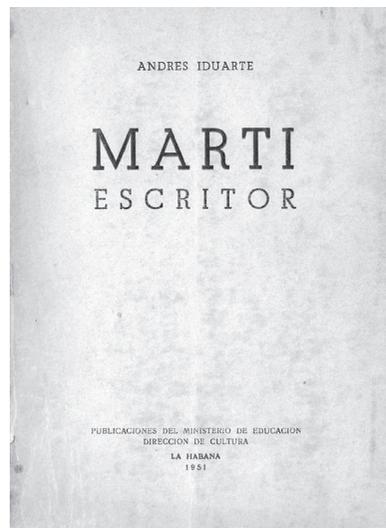
Las cenizas de Iduarte fueron depositadas en dos grandes ríos: el Grijalva, de Tabasco, y el Hudson, de Nueva York. Ahí navegan como sus letras, en aguas nacionales y extranjeras, pero no extrañas.

Nos dice Ervey Castillo, que este tabasqueño fue un torrente pero a contracorriente, transcurrió por los caminos de la honestidad, la moralidad y la rectitud, lo cual no fue fácil. Nunca ha sido fácil.

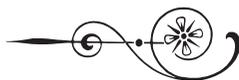


Carlos Coronel / Secretaría de Cultura

Víctor Sámano Labastida
Periodista, oriundo de Talea, Oaxaca, fue director de *La Verdad del Sureste* y actualmente del diario *Presente*. Escribe su columna «Escala crítica».



Portadas de *Martí, escritor* y *Un niño en la Revolución mexicana*.



La máscara en la silla

Marco Antonio Murillo 

Toda la noche batalló con la noche,
ni vivo ni muerto

Octavio Paz

1

La poesía de José Carlos Becerra tiene entre sus mejores momentos un poema que aún hoy podríamos catalogar de hito, ya que logró hermanar el carácter introspectivo de la poesía con la literatura más popular de los jóvenes, el cómic. Hablo de su poema «Batman», el cual fue publicado en marzo de 1969 en la revista peruana *Amaru*, y posteriormente compilado por Gabriel Zaid y José Emilio Pacheco en *El otoño recorre las islas* (1973), libro que reúne la poesía completa del tabasqueño. Largo soliloquio en segunda persona, su tema principal es el héroe de capa caída, su fracaso ante una sociedad ingrata que le ha visto nacer y morir cada noche. El tema era revolucionario y oscuro para aquella época conocida como la edad de plata del cómic (1956-1971), en la que las teorías de Schrodinger sobre mundos paralelos, y el suspenso que provocaba la carrera espacial en la imaginación colectiva, servían de marco para la creación de nuevas historias. Al respecto, escribe Matthew K. Manning:

Los cómics protagonizados por el Cruzado de la Capa eran un reflejo de los tiempos. Las historietas de Batman comenzaron sus escarceos con la ciencia ficción en los primeros años; mediada la década, remedaron el tono jocoso de la serie de TV Batman, de enorme éxito; y hacia el final de los años 1960, Batman regresó a sus raíces, más serias, de relato policial. (2015, p. 68).

Lo psicológico, lo introspectivo, y ese preguntarse por su sitio en la sociedad, que, como veremos, es lo que caracteriza al personaje que coloreó Becerra, no serían las constantes en las viñetas de Batman, sino hasta 1989 con la publicación de la novela gráfica *Batman: Arkham Asylum. A Serious House on Serious Hearth*, de Grant Morrison.

Luego de «Batman» tuvieron que pasar 40 años para que la poesía mexicana se interese de nueva cuenta en la figura del superhéroe. Existen dos ejemplos que son necesarios mencionar: el poema «Spiderman Blues» de Vicente Quirarte y el poemario *Testamento de Clark Kent* (2015), de Héctor Carreto. Si bien exploran personajes muy distintos entre sí, el Hombre Araña y Superman, ambos han sido cortados del mismo traje heroico que usó Becerra para dibujar a su personaje. Ambos son puestos en crisis: Peter Parker ha envejecido y ahora las responsabilidades de la vida adulta tienen mayor peso que vigilar las calles de Nueva York; Clark Kent reconoce que no es humano, sus lentes, su puesto de Godínez en el *Daily Planet* solo son un disfraz, con el que a duras penas logra encajar en el mundo. Pareciera ser que cuando la poesía se mezcla con estos personajes, es la oportunidad de hablar de ellos desde su fracaso como seres poderosos o su crisis de identidad ante la sociedad humana.



Eso fue lo que descubrió Becerra a finales de los años sesenta.

Para mí, esta es la trama del poema vista de manera general. Me imagino a Bruce Wayne en su oscura alcoba de millonario, no puede más con la ansiedad que lo visita. Lleva horas rodeando una silla donde se halla el disfraz del murciélago, afuera sigue sin aparecer la batis señal, esa luz que, contra el cielo de Ciudad Gótica, legitima su existencia como superhéroe. No ocurre nada más allá de esta escena, y si algo acontece, los hechos provienen de los largos pensamientos de Batman. En esta versión poética del murciélago, al contrario de sus hermanas, las versiones visuales de la época, él aparece en solitario, su carácter no se conjuga con algún compañero como Robin, tampoco se contrasta con algún antagonista; el Acertijo, el Joker, dos Caras no están aquí para problematizarlo. La lucha es de Batman contra él mismo, la bruma contra la bruma, la atmósfera de una noche de obligado

asuetos contra la ansiedad de sus pensamientos propios.

2

Ahora bien, para ahondar más en el poema y descubrir qué hay en sus callejones, conviene adentrarnos en su imaginería y analizar las partes más significativas. Aquello nos dará la pauta para comprender cómo es el Batman que construye Becerra, y cuál es la crítica social que encarna. Para facilitar esta tarea he dividido el poema en tres partes en las que Batman realiza acciones un tanto distintas. La primera (estrofas 1-8), que corresponde a la presentación del problema, está signada por la idea de divagar en torno a la misma situación. La segunda (estrofas 9-21), que hace las veces de un desarrollo, dibuja a Batman yendo y viniendo por la habitación. La tercera (estrofas 22 y 23), el desenlace, muestra la salida del sol y el fracaso final del superhéroe.

Antes de pasar al análisis es justo revisar la forma del poema. La forma es parte imprescindible de un texto, por ella es que el poema adquiere una identidad física y puede hablar. La forma de «Batman» tiene tres características primordiales: el largo aliento, la repetición de escenas narrativas, diseminadas a lo largo del poema, y el versículo abundante en imágenes visuales. ¿Son estos el medio que halló Becerra para traducir el lenguaje de viñetas, globos y dibujos del cómic a las leyes que rigen la poesía?

La imaginación plástica con la que Becerra construye sus imágenes (junto al largo aliento y la riqueza verbal de su versículo), le vienen de Saint John Perse. Y es que el autor de *Oscura palabra*, junto con el traductor Jorge Zalamea, fue uno de los mejores lec-

tores que el francés tuvo en Latinoamérica. De este modo, mientras vamos avanzando en la lectura de «Batman», notamos cómo una buena parte de las imágenes desplegadas, pertenecen al ámbito de lo visual. Imágenes rápidas que, como en una historieta, aparecen y desaparecen tan veloces como podemos pasar la vista:

Y vuelves a asomarte por la ventana.
¿Es el zumbido de un jet que cruza el cielo rayándolo fugazmente con sus pequeñas luces de navegación?
Y algo dentro de ti que tú crees que es la noche allá afuera,
cruje pisando cascarones rotos, peldaños donde el cuerpo de su andanza deja un hilo finísimo de baba o soliloquio (Becerra, 2010, p. 176).

Imágenes fugaces que no están hechas para que el lector se adentre en ellas hasta agotarlas, sino que son el combustible que hace arder el poema y nos invita a avanzar sobre sus sílabas.

Igual de importante a lo anterior señalado es el carácter repetitivo que tiene este poema. Los momentos que más se frecuentan son los siguientes: la idea de discurso y variantes (diecisiete veces), la caída de la noche (seis veces), la señal y variantes (diecisiete veces), mirar por la ventana (seis veces), pasear por la habitación y variantes (doce veces), el traje doblado o sus partes (siete veces). La reiteración de cada una de las escenas da la idea de que estamos ante un cómic, donde hay cinco viñetas principales, cinco temas a los que Batman y sus lectores siempre vuelven irremediabilmente. Pero la repetición no sólo tiene un carácter visual, también rítmico y trascendente, en el sentido en que Octavio Paz entendía esta conjugación de conceptos:

No todos los mitos son poemas, pero todo poema es mito... el poema tiende a repetir y recrear un instante, un hecho o conjunto de hechos que, de alguna manera, resultan arquetípicos. El tiempo del poema es distinto al tiempo cronométrico... Para el poeta lo que pasó volverá a ser, volverá a encarnar. (2010, pp. 63-64.)

Las repeticiones en el poema nos hablan de un tiempo mítico al que Batman está siempre sujeto. Cuando termine esta noche oscura, cuando acabemos de leer el poema, su tiempo tenderá a repetirse desde la primera sílaba.

3

En José Carlos Becerra el concepto de mito está presente desde el primer instante del poema: «Recomenzando siempre el mismo discurso» (2010, p. 173). Lo mítico está cifrado en las dos primeras palabras, desde allí se invoca un círculo de tiempos: esta noche de inacción, esta noche en la que la voz de Bruce Wayne divaga para alejar los demonios del silencio, ya ha sucedido ayer y volverá a ocurrir mañana. Si alguna vez la señal refulgiera en la ventana, el pacto con el tiempo mítico se rompería y Batman dejaría de ser un personaje poético, para regresar a la acción de las historietas. Pero eso nunca ocurrirá, Batman estará «Guardando siempre la misma señal, / el aviso del amor, de peligro, de como quieran llamarle» (2010, p. 173).

Lo único que reflejan los vidrios de la ventana es la muerte roja del sol, muerte que debería ser el preámbulo a la salida del murciélago, su pesado despertar. Tras este despertar, el tabasqueño nos recuerda que el origen de Batman se extiende a lo supersticioso y el miedo que convoca, por

eso «las costras sagradas se desprenden / del cuerpo antiquísimo de la resurrección» (Becerra, 2010, p. 173). Para mí estos dos versículos retratan la imagen de un muerto viviente muy singular, el vampiro. Batman, como personaje constantemente nutrido de la tradición literaria comparte características con este monstruo clásico. Las atmósferas siniestras, lo aristocrático, el sentimiento de insatisfacción, lo onírico, la doble identidad y su relación con los murciélagos (Candejas, 2017) ayudan a que Batman reciba una carga fuerte de oscuridad, misma que es utilizada por los escritores para ahondar en su ser.

«Recomenzando siempre el mismo discurso» (Becerra, 2010, p. 173) es, ya vimos, el primer verso del poema. La palabra discurso se refiere a dos cosas: al poema mismo y a la problemática que Bruce Wayne enfrenta: la espera de la batiséñal. La palabra discurso como tal, solo se repite dos veces más en las estrofas 1 y 5, sin embargo, Becerra juega con sus equivalentes y los ensaya en construcciones poéticas de corte surrealistas: «el lenguaje para distraer el silencio» (2010, p. 173), «hablar a través de ese corto circuito» (2010, p. 173), «argumentos despellejados por el acometimiento que no se produce. / Palabras enchufadas con la corriente eléctrica del vacío, con el cable de alta tensión del delirio» (2010, p. 174), «recomenzando la misma conjetura» (2010, p. 174), «recomenzando, pues, la misma interrupción» (2010, p. 174), entre otras. Estas construcciones tienen en común que describen el problema de la incomunicación humana, son metáforas que nos hablan sobre la inutilidad que sufre Batman esta noche: el superhéroe está

preparado para salir a combatir el crimen, pero nadie le llama, no se le necesita.

Para Octavio Paz «El lenguaje, como el universo, es un mundo de llamadas y respuestas; flujo y reflujo, unión y separación» (2010, p. 51). El soliloquio de Batman no tiene un fin determinado, las palabras que contiene están vacías, redundan entorno a la misma queja, no llegarán a convertirse nunca en acción plena. Si la palabra asumida por el ritmo es capaz de «producir lo que el hombre deseaba: el descenso de la lluvia, la abundancia de la caza, la muerte del enemigo» (Paz, 2010, p. 58), en este poema el hablante nunca concretará sus aspiraciones: hacer tiempo, mientras aparece la señal. Distráera el tiempo, sí, pero no verá la señal. Entonces, el soliloquio de Batman es vano, tal es así que llega al absurdo de estar «buscándole a Dios en las costillas la teoría de la costilla faltante, / y perdiendo siempre la cuenta de esos huesos» (2010, p. 173). La divagación, ya delirante, anula el peso de la voz de Batman. Sus palabras son un decir sin decir. Por eso, su deseo de realización, su fin último, nunca se cumple: «de esa saliva interrumpida, a lo largo de aquello que llamamos el cuerpo de Dios, el deseo de luz encendida». (2010, p. 173).

En esta primera parte no ocurre nada más allá de la reiteración del discurso de Batman como una serie de divagaciones en torno a lo mismo, y si algo más se presenta, algo que pareciera dar un respiro temático a su perorata, resulta en una alegoría más sobre su inacción:

el Clásico desperfecto en mitad de la carretera,
el Divinal automóvil con las llantas ponchadas
entorpeciendo el tráfico de las lágrimas y de los
muertos, que transitan Clásicamente
en sentidos contrarios.



Recomenzando, pues, la misma interrupción
(Becerra, 2010, p. 173).

La escena se enfoca en el batimóvil, acaso narra esta pequeña historia: el carro iba por la carretera que conecta ciudad Gótica con Metrópolis cuando, de pronto, las llantas se poncharon y Batman ya no pudo continuar con la misión encomendada, misión que, como veremos más adelante, es uno de los rasgos definitorios para la construcción del superhéroe. Se quedó a mitad del asfalto, sin más actividad que entorpecer el tráfico. Pareciera que el destino del Batman de José Carlos Becerra es la inacción, quedarse en el mismo sitio esperando a que alguien encienda la batis señal o repare el vehículo, esto es, que las cosas vuelvan a tomar su curso cotidiano. Hacia el final de esta primera parte se escribe:



Así sonríes sin embargo, confiando otra vez en
tu discurso,
mirándote pasar en tus estatuas,
flotando nuevamente en tus palabras.
La señal, la señal, la señal. (2010, p. 174).

Han pasado varias horas desde que se ocultó el sol, pero Batman aún sigue confiado en que esta vez, en algún momento de la noche, será requerido para vigilar las calles y las avenidas de esta poblada ciudad. Confianza en el murciélago, no en la noche; confianza en la luz, no en lo que alumbra. Creyente en su discurso, se mira en el reflejo inmóvil del ventanal, mientras se deja llevar por sus propias palabras. Tarde o temprano, cree, ellas terminarán invocando, junto a la luna de siempre, la ansiada señal.

4

Las repeticiones, hemos visto, connotan el tiempo mítico del poema, nos hablan de la

circularidad eterna de la noche que sufre Batman. Pero lo mítico también se encuentra en otro lugar, bajo la capa del murciélago. No es para menos, pues los superhéroes, con todo y sus trajes y personalidades extravagantes, remiten a los héroes de las antiguas mitologías occidentales, al mismo tiempo que actualizan el concepto de mito adecuándolo a los tiempos modernos:

No son hijos de los dioses sino productos de accidentes científicos y del desarrollo tecnológico: Superman, Spiderman o los X Men. (...) Ellos hacen parte de nuestra cultura gestados a fuerza de repetirse, deben asumir variantes, superpoderes que controlan los desmanes de la ciencia. (...) Los superhéroes conforman el “universo mítico de la cultura de masas”. Con ellos las sociedades mediáticas han representado sueños, miedos, ideales y morales. El superhéroe hace parte de la experiencia ética, estética y moral de Occidente, y personifica lo que la sociedad quiere y teme. (Cardona, 2006, p. 64).

Ha pasado más de medio siglo desde que el Batman de José Carlos Becerra fue creado,

pero todavía es capaz de mostrarnos el rostro que tienen nuestros temores. No se trata del miedo a la noche o a morir en manos de un psicópata, sino es algo más patético y común, esto es, el miedo a no ser escuchados, el miedo a ser inútiles para una sociedad donde el trabajo y el lucro lo es todo. En ese tenor, el personaje de Becerra es un héroe roto, fracasado, a medida que las características que deberían enriquecerlo, lo subvierten.

Decía Peter Coogan que el valor de un superhéroe radicaba en estos cuatro caracteres: la misión, los poderes, el traje y la identidad (2006, pp. 30-33). La misión está vinculada a las leyes del contexto y su realización no busca el beneficio del héroe. Umberto Eco parece hablar de ella en el siguiente fragmento: emplear «sus fabulosas posibilidades de acción para realizar un ideal de absoluta pasividad, renunciando a todo proyecto que no haya sido homologado previamente por los catadores del buen sentido oficial» (1984, p.14).

Los poderes, por su parte, son esa fuerza que lo distingue de las demás personas, y son el sitio perfecto para que el héroe aloje el significado de su identidad, la cual se ver reforzada a partir del pseudónimo y el traje. Este último, «elimina los detalles específicos de la apariencia ordinaria de un personaje, dejando solo una idea simplificada que se representa en los colores y el diseño del traje» (Coogan, 2006, p. 33). Los cuatro elementos, entonces, son los

que vuelven al superhéroe en mito activo, mitología viviente. En esta segunda parte del poema «Batman», estas características son ensayadas, de tal forma que nos muestran la realidad que enfrenta el superhéroe.

Y entretanto paseas por tu habitación.
Sí, estás aguardando tan solo el aviso,
ese anuncio de amor, de peligro, de cómo quie-
ran llamarle,
ese gran reflector encendido de pronto en la noche. (Becerra, 2010, p. 175)

Los versos anteriores trazan el inicio de la segunda parte del poema. En las viñetas que imaginan ha ocurrido algo diferente, el soliloquio de Bruce Wayne ya no solo abunda en sus propios pensamientos, ahora nos da cuenta del lugar en el que se halla y los pobres movimientos que realiza, caminatas para encoger la ansiedad, recorridos para salvar la única misión.

La misión de Batman ha variado con el paso del tiempo, de atrapar criminales con sus habilidades detectivescas en la llamada edad dorada (1938-1956), pasó a algo más profundo y psicológico en la actualidad: proteger a la gente de Ciudad Gótica, a como de lugar, del mismo destino sufrido por él y sus padres en el Callejón del Crimen. Un trauma de la niñez que esconde ya no un respeto a las leyes gubernamentales, sino un fuerte deber moral.

Ahora bien, dicha misión ha sido reducida al límite en el «Batman» de Becerra: esperar a que en el cielo nocturno, acaso sin más estrellas que la soledad, se proyecte esa señal que le dará la pauta para salir a las calles. Una misión que nos habla de un doble

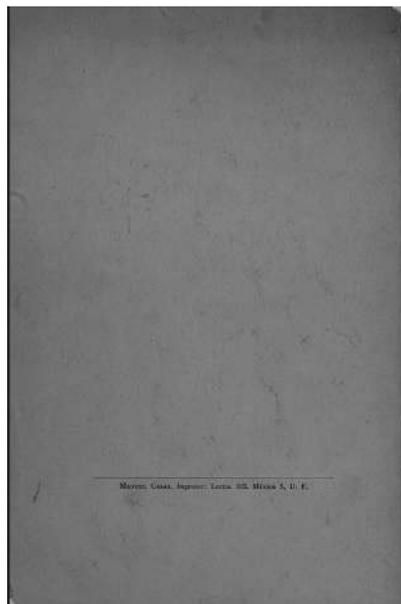
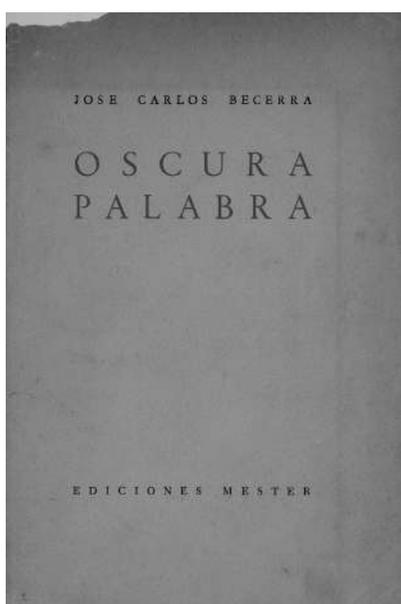


fracaso: ya por el patetismo que le rodea, totalmente contrario a los usos del superhéroe habitual, ya porque nunca se verá finalizada, pues el esperado reflector no será encendido por mano alguna. Aún así, todavía se nombran remanentes del antiguo objetivo de Batman: «tu presencia salvadora en el sitio del amor / o en el sitio del crimen (2010, p. 175); salvar a esa mujer / que según dices / debe ser salvada». (2010, p. 175). Sin embargo, estos hechos, inmateriales, no dejan de ser una proyección de las divagaciones de Batman: es lo que quisiera que ocurra para ser convocado.

El traje no corre con mejor suerte: «Y entre tanto miras tu capa / contemplas tu traje y tu destreza cuidadosamente doblados sobre la silla, hechos especialmente para ti» (2010, p. 175). No se lo pondrá esta noche, ni las noches otras que forman parte del tiempo mítico del poema. Hay otro momento en el que esta misma escena se repite: «y allí están doblados tu traje de héroe y tus sentimientos de héroe, / listos para entrar en acción» (2010, p. 176). Algunos cambios

entre dichas escenas son reveladores, ¿Qué son esos que están doblados junto al disfraz de murciélago? ¿Qué significan la destreza y los sentimientos heroicos? Aquellos, son indicio de otro de los cuatro caracteres de Coogan, los poderes. Sin embargo, al referirnos a Batman no es correcto hablar de poderes, más bien utiliza habilidades humanas a su favor como la inteligencia, la determinación, la destreza y la tecnología a su alcance. Al decirnos Becerra, entonces, que su destreza y sentimientos de héroe se encuentran doblados, anula aquellas habilidades que hacen de Batman un superhéroe convirtiéndolo en un ser humano común, incapaz de salir de la habitación en donde se encuentra dando vueltas para distraer el tiempo.

El último carácter que Coogan recomienda analizar de un superhéroe es la identidad. Al revisar este poema me surge la siguiente pregunta: ¿Quién es Batman? ¿Quién es Bruce Wayne? En el cómic ambos repiten características de la dualidad entre el Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Bruce es



Portada y
contraportada
de la primera edición
de *Oscura palabra*
(1966).

aquel millonario que ante Ciudad Gótica vive la vida de un playboy, mientras que Batman, el monstruo, es su opuesto. En el cómic están claramente diferenciados, no sólo por los dibujos, sino por su forma de actuar. En cambio, en Becerra no hay una identidad clara: el personaje del que hemos venido hablando no es del todo Batman, porque su traje característico yace doblado en la silla, tampoco es totalmente Bruce, porque ya no está en ese papel, sino que le vemos preparado para la acción nocturna. Su identidad permanece en un limbo, pues se descubre irrealizada.

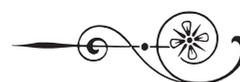
Al igual que en la primera parte del poema, aquí también aparecen ciertas imágenes que intentan romper con el soliloquio delirante de Batman, la primera de ellas se trata de un Jet, el cual recuerda al lector el Batwing: «¿Es el zumbido de un jet que cruza el cielo?» (Becerra, 2010, p. 177). Para la segunda, se recupera la imagen del carro (el batimóvil): «ir y venir alrededor de un viejo y descompuesto automóvil que estorba el tráfico en la carretera» (2012, p. 177). Pero, de nuevo, estas imágenes solo refuerzan la ausencia de la señal, a medida de que son partes del desvarío de Batman. Ellas mismas no dejan de ser momentos del soliloquio poético, «habladuría alrededor de una silla» (2010, p. 177), que salen de la mente delirante de Batman, se sitúan afuera de la habitación, y a veces se materializan en un fugaz ruido nocturno.

5

La última parte del poema transcurre en la mañana siguiente. Ninguna mano ha encendido el reflector y ahora lo que resplandece son los primeros rayos solares:

¿Y ahora,
qué es lo que sientes que se aleja,
como alguien corriendo descalzo por la playa,
entre la niebla que la luz va a ocupar?
¿Y en esa claridad en aumento, acaso puede todavía distinguirse
la señal de un reflector encendido? (Becerra, 2010, p. 177).

Se trata del triunfo del día sobre la noche, la muerte del murciélago por sus propias palabras, ya no hay más heroicidad que reconocer esto. La claridad llega como una marea y va ascendiendo poco a poco, mientras Ciudad Gótica despierta triunfante en sus ruidos cotidianos: primero las grandes barreras que parecen despejar las calles del denso polvo que dejó la noche anterior, luego los primeros camiones de pasajeros «que aparecen por las calles desiertas» (Becerra, 2010, p. 178). El poema ha finalizado con un sentimiento de vacío, de no haberse logrado nada. Sin embargo, esos pocos sonidos que lentamente van poblando la ciudad, nos traen una esperanza: ¿Será que la noche de este nuevo día venga con buenas nuevas, con palabras eléctricas capaces de encender la ansiada señal? No, pues, la siguiente noche será la misma, idéntica a la anterior, con el mismo aviso llegado desde lo más rojo del atardecer: «Recomenzando siempre el mismo discurso, / el escurrimiento sesgado del discurso, el lenguaje para distraer el silencio» (Becerra, 2010, p. 173). Es el discurso del Batman de José Carlos Becerra, la lengua letanía de un superhéroe atrapado en el tiempo mítico que invoca su fracaso.



Los demasiados libros

Francisco Payró 



Francisco Payró
Poeta y ensayista.
Colaborador de la revista *Letras Libres*. Entre sus libros destacan *Bajo el signo del relámpago* (Gobierno del Estado de Tabasco, 2005).

A propósito de la idea zaidiana de «los demasiados libros», siempre he creído que el verdadero universo libresco de los buenos lectores se reduce a unos cuantos de ellos. Y no por mero afán de discutir un tópico que de tan abordado se ha vuelto ya lugar común a la hora de hablar del innegable valor de la lectura. Que ésta desarrolla en quienes la practican en alta estima, la potencia del criterio que es una realidad a todas luces; que de ella pueden derivarse usos —y abusos— que a lo menos que pueden aspirar es a ser considerados vicios o deformaciones del placer intrínseco del acto de leer es el gran escollo del asunto. Procuraré explicarme.

Cuando Miguel de Cervantes en su genial *Don Quijote de la Mancha* dotó a su personaje de una imaginación que rebasaba los límites del estrecho mundo de aventuras de las obras de caballería no hizo sino mofarse en cierto modo de sí mismo y de los «buenos» lectores de su tiempo. Cervantes sabía que quienes abrevan de las obras literarias no pueden sustraerse en modo alguno de sus contenidos y que el hecho de ver gigantes donde sólo hay molinos de viento no está tan alejado del caso del lector que cree hallar en su mundillo privado el escenario en el cual transcurre una historia digna de ser contada.

Con medio cuerpo fuera de la realidad, el buen lector es un sujeto capaz de interpretar a su modo las intuiciones de esa obra de arte en forma de libro, con el riesgo inevitable de confundirse en medio de esa selva de personajes y hechos de aquello que llamamos «universo literario». No se crea, así, que la lectura pervierte necesariamente la intencionalidad de una obra escrita cuyo propósito es la revelación de intuiciones, antes

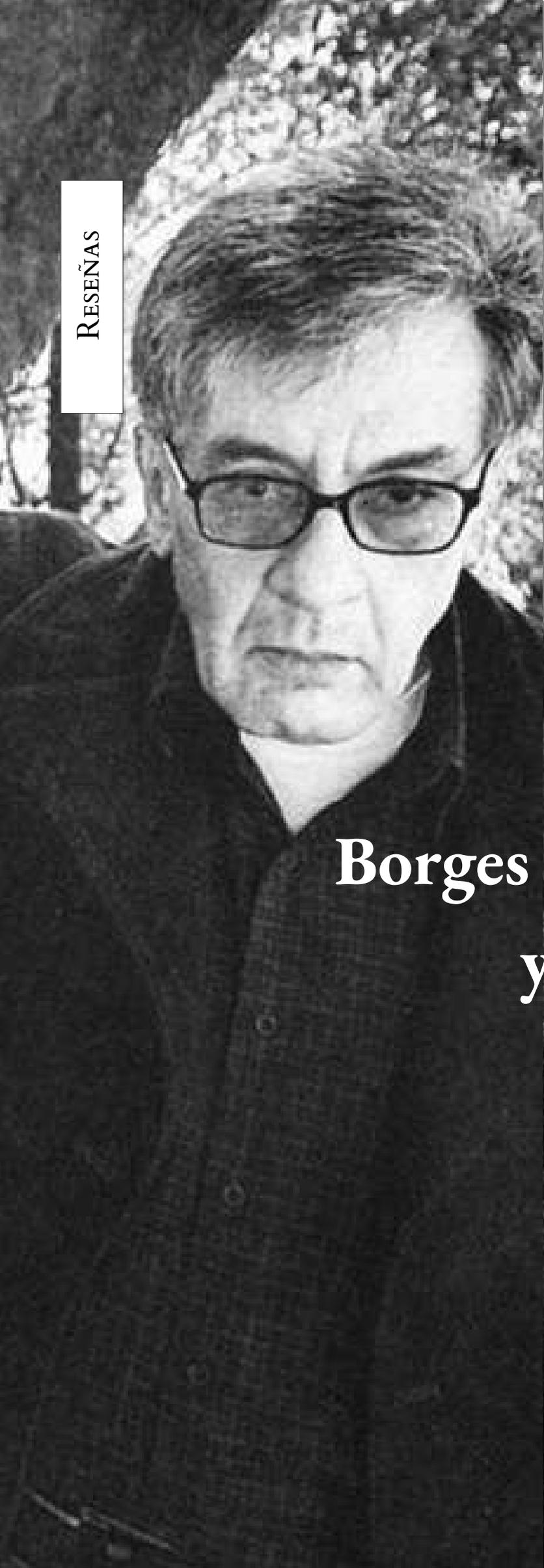
que de emociones; el problema, es propio de cierta clase de lectores. Lo es por sus consecuencias: entusiasmados por la animación que sus lecturas provocan a sus limitadas experiencias, tales lectores acumulan y acumulan obras del mismo modo en que el coleccionista de antigüedades se asegura a sí mismo de contar con un objeto inútil, pero apreciable.

Un lector que encuentra en los libros el vertedero de sus más caras emociones es un lector insaciable. No seleccionará títulos que le colmen gratamente con la vindicación de las experiencias que le proporcionaron los primeros libros que leyó porque, en cambio, aspirará a la adquisición de nuevas e inesperadas historias o ideas. El problema de la lectura asumida como acumulación de obras radica en el aislamiento progresivo del lector, en su ensimismamiento. Como el Alonso Quijano, de Cervantes, que un día decidió no ser quien era para convertirse en el falso caballero que llegaría a ser después, el lector que colecciona libros por no encontrar en su realidad la fuente que enriquece sus vivencias es un firme candidato a la separación que provoca la petulancia libresca.

Nada más alejado de la finalidad básica de los libros. Que cada quien según sus posibilidades y necesidades, pareciera aconsejar la obra literaria que se nos entrega entera para encontrar en sus páginas lo que el esnobismo de nuestro tiempo — con todo y el poderío de su maquinaria uniformadora— jamás podrá ofrecernos.



RESEÑAS



Borges

y

Pacheco

Carlos Coronel

Se cumplen 80 años del nacimiento de José Emilio Pacheco, y Ediciones Era lo festeja a lo grande con la publicación de *Borges*, un volumen que reúne todos los textos que el mexicano dedicó fervorosamente al argentino en su columna infalible e infaltable, «Inventarios» —no es exagerado afirmar que muchos comprábamos *Proceso* solo para leer al poeta de «Alta traición» con el mismo asombro que los cosmopolitas napolitanos leían *Il Millione*, de Marco Polo.

Dos décadas atrás, en 1999, la Secretaría de Educación Pública tuvo el tino de publicar algunos de esos «Inventarios» de José Emilio en una edición de cien mil ejemplares titulada *Jorge Luis Borges, una invitación a su lectura*, la cual se distribuyó entre los profesores, justamente para festejar el centenario del natalicio del escritor argentino.

El «amor constante más allá de la muerte» hacia Borges se puede rastrear desde el debut de José Emilio en los legendarios «Cuadernos del unicornio»: *La sangre de Medusa* fue la plaqueta número 18 de la colección, salió a finales de noviembre de 1958 con un tiraje modesto de 400 ejemplares. Pacheco está a punto de cumplir 20 años y ya es un lector consumado en Borges.

Así se deja ver no sólo porque el primer cuento de la plaqueta, «La noche del inmortal», abre *off course* con un epígrafe del argentino, sino porque dicho texto y el que le da nombre al cuaderno revelan una asimilación borgiana increíble. Todo resuena inevitable y mitológico.



Interiores de la plaqueta *La sangre de Medusa*, publicada por Juan José Arreola en sus «Cuadernos del unicornio», en 1958.



Carlos Coronel

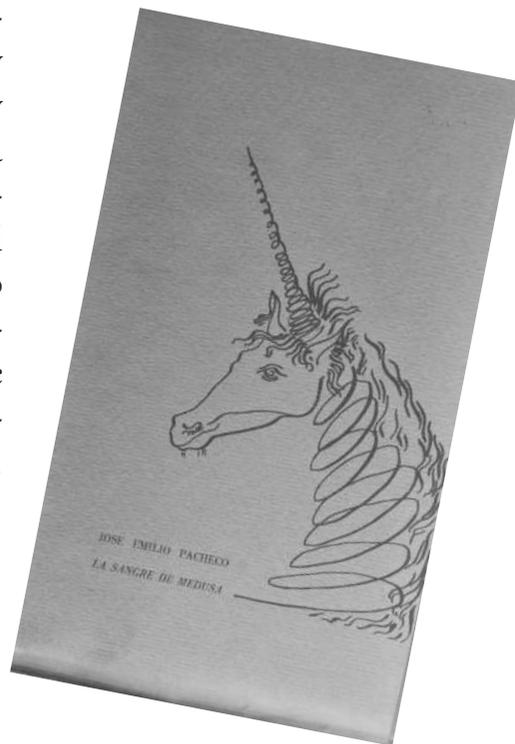
Estudió letras hispánicas en la UNAM. *Autor de Pabilo para ciegos y Arpón de imágenes.*

Primero está el asunto por los pliegues de la Historia, el interés por los personajes cargados de leyenda que contraponen su destino, gérmenes que elevan o desploman por igual a muchos de los personajes en *El aleph*.

«La noche del inmortal» (que en la versión corregida de JEP quedaría definitivamente como «La noche inmortal») presenta los destinos paralelos de Alejandro y Eróstrato, por un lado, con los de los eslavos Branko y Gavrilio. Mientras Alejandro está destinado a alcanzar la gloria como el constructor de un gran imperio, su contemporáneo Eróstrato cubre su nombre de ignominia al incendiar el templo de Diana. Los dos nacen el mismo día, pero “al final de sus vidas, por causas oponentes, ambos lograron la eternidad”. Así como el cuento introduce documentos y personajes históricos —Estrabón y su noveno tomo de *Geografía*— para dar pie a la ficción, mitad verosímil y mitad invención, Pacheco suelta la existencia de un pergamino antiguo cuya autoría es del incendiario Eróstrato para que el tiempo regrese, de la Grecia antigua a la convulsa Serbia de principios del siglo XX. Branko y Gavrilo son espejos oscuros de Eróstrato: los dos serbios incendiarán a Europa en la Gran Guerra.

No es casual que estos guerreros de ayer y hoy hayan tenido en su juventud aspiraciones artísticas, su fracaso siempre culpará a los otros. Esa pequeña falla provoca un gran desastre, imposible no recordar a ese otro loco pirómano que por no obtener el favor de las musas como pintor precipitará a la Segunda Guerra Mundial a la vieja Europa.

El manuscrito con la confesión del pirómano griego en el momento en que las llamas devoran aún el templo de Éfeso, revirvirá en la voz del camarada Gavrilo, quien nos cuenta los últimos momentos de vida del archiduque Francisco Fernando por la Franz-Joseph Strasse. Pacheco reescribe las vidas pasadas que regresan porque, como Borges, cree que el tiempo es circular, un “laberinto infinito, abismo sin memoria”.



Portada del primer libro de José Emilio Pacheco

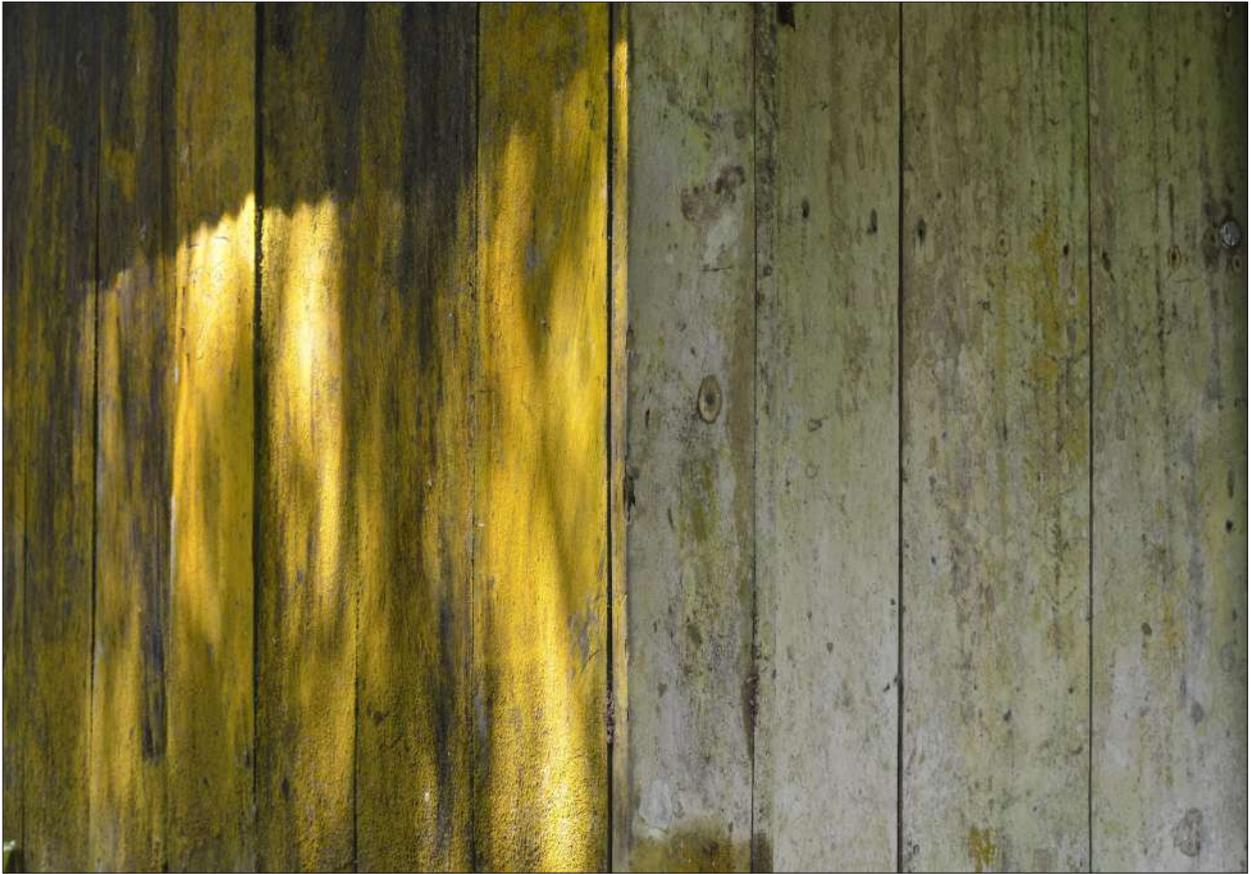


PORTAFOLIO

Miradas
**Arturo
Filigrana
Rosique**











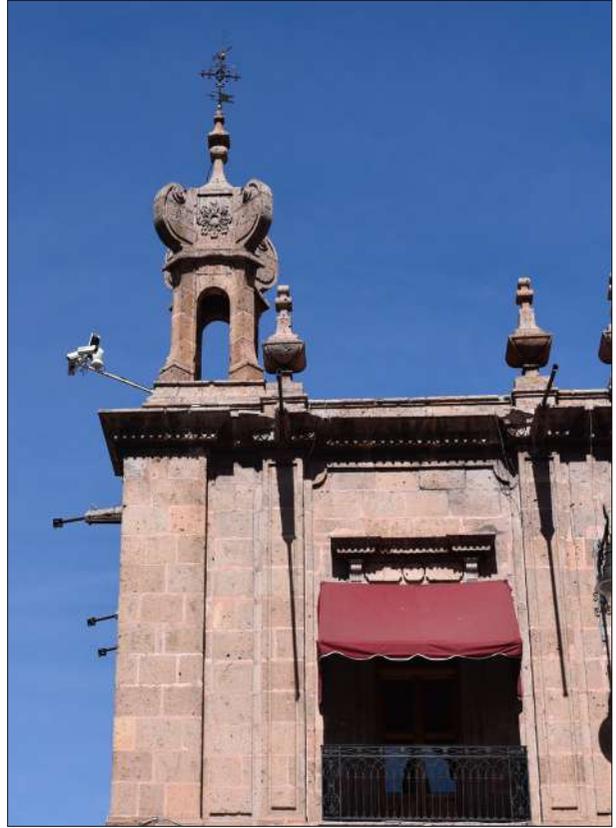
Una mirada sobre las maniobras del azar para hacer ver otra naturaleza de las cosas, un ver minucioso que realza en lo planeado, lo no esperado, las geometrías que el azar crea dentro de las armonías, el piasaje urbano o rural, las texturas, los contrastes, esas son las imágenes que persigue la cámara de Arturo Filigrana, quien encuentra en su tiempo libre, fuera de la precisa historia de la que él es fiel servidor y vasallo, otra moneda de las cosas, del mundo que se da sin previo aviso.

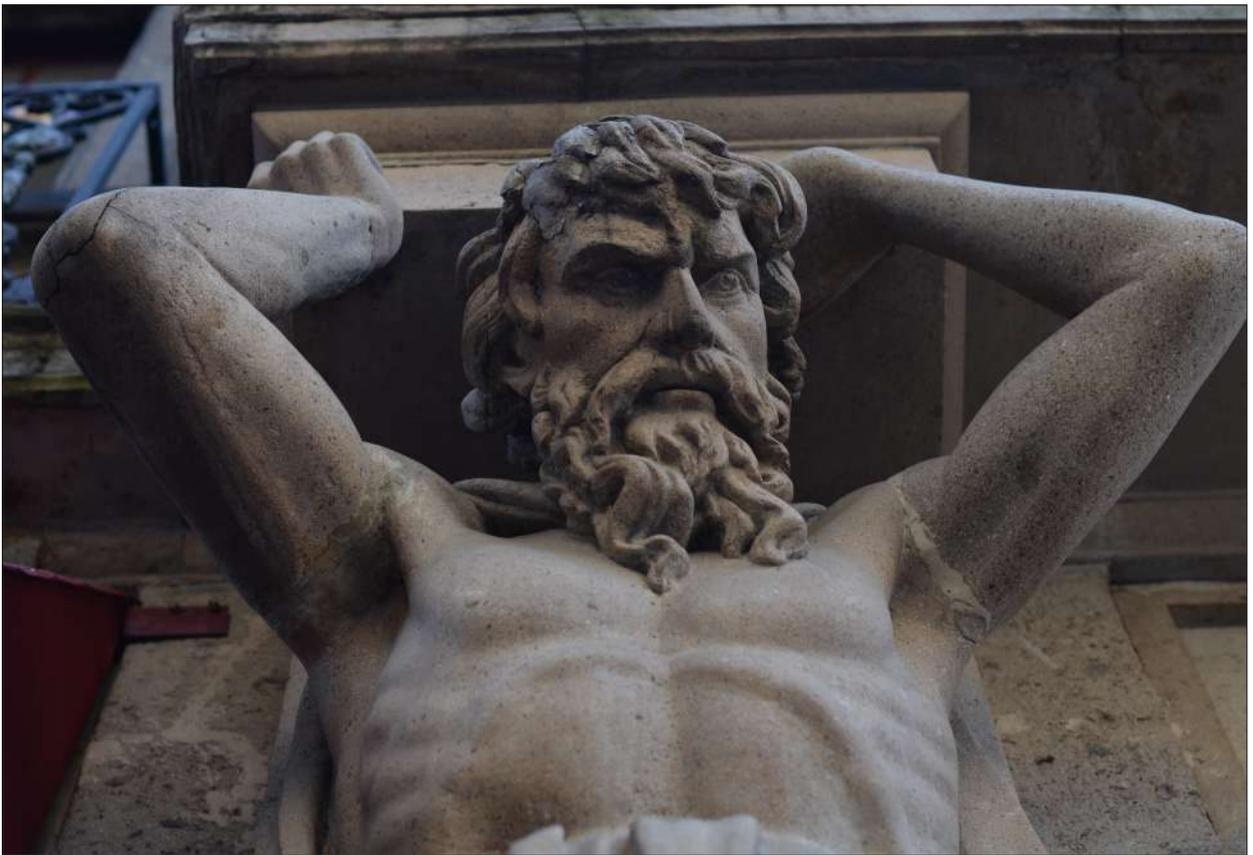
¿Qué artista de lo abstracto pinta esos tablones? ¿Qué hábil chino desperdiga armoniosamente esos lirios flotantes en el tiempo? ¿Qué Monet se mira en el reflejo de esa laguna?

La complicidad del fotógrafo con su cámara no es el resultado de una moda, que ha puesto en circulación la imagen como nunca antes; Figrana Rosique procede desde los tiempos de lo analógico, cuando montó en un rincón de su casa, siendo estudiante de preparatoria, un cuarto oscuro para revelar lo que su ojo inquisidor, curioso, detallista, captaba. Años para aprender a encontrar los detalles, las texturas del tiempo, las soledades de los espacios.

Aquí el viaje puede ser hacia el patio de la casa o las minucias del paisaje majestuoso, los arcanos del tiempo en las soledades ruinosas, los doblones de tablas que revelan el tiempo, el blanco y negro de los grises y blancos minerales.

La cámara de Arturo Filigrana Rosique está ahí para revelarnos, no las respuestas precisas, sino el hallazgo feliz del ojo que descubre y clama la mirada cómplice.







Arturo Filigrana Rosique
Profesor investigador
de historia. Autor
de *El Tabasco de Tomás
Garrido* (Ediciones
Monte Carmelo, 2007.).



TESTIMONIOS

Del otro lado El fomento a la lectura

Luis Gámez 



Compartir libros no es fácil, ni difícil, es inesperado. Y más cuando vas a un lugar donde la vida sucede de otra manera: El Centro de Reinserción Social del Estado de Tabasco en Villahermosa (Creset).

Me dedico de manera voluntaria al fomento a la lectura desde el año 2004, por medio del Programa Nacional de Lectura de la Secretaría de Cultura. Un programa con más de 20 años de aplicación y experiencia en la formación lectora en el país.

Estas salas operan con voluntarios que le dan vida y estilo al espacio y funcionan de manera celular. Es decir, que cada quien acomoda, adorna, invita, sugiere, contagia el gusto por los libros según su estilo; y dado que no es

necesario generar grandes públicos, los lectores pueden ser grupos pequeños: células lectoras que dan vida al lugar creado para leer. Y como no es la cantidad sino la calidad de libros que ofrece el programa de Salas de Lectura para el público lector, estos pueden ser seleccionados de acuerdo al grupo específico.

Se cuenta con literatura mexicana, universal, ensayo, poesía, cuento, ciencia y tecnología, literatura infantil; y existen también las múltiples formas de generar lectores. A mi me gusta por ejemplo, hacer tendedero de libros con literatura infantil y esperar a que el momento suceda, ese momento en que voluntariamente el niño se encuentra con el objeto libro y lee los dibujos y hojea y ojea. Mi labor consiste entonces en que antes de que algún padre o madre neurótico le diga a ese niño: «¡deja ahí

El modo de compartir lecturas ayuda a conocer al otro en términos de lo social; podemos conocer los modos de ser y de pensar por medio de los libros, es un acto libertario



Carlos Coronel / Secretaría de Cultura

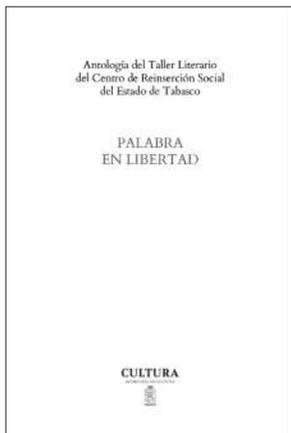
Luis Gámez

Autor de *Nicolasa en la villa de perros* (IEC, 2008); antologado en *Palimpsestos de tierra húmeda* (UJAT, 2011) y *Cuentos, joven* (Suum Quique, 2012).

chamaco que lo vas a romper!»; yo abordo aquel adulto para decirle que no pasa nada e invitarlo a leer o no leer, como quiera, porque ese es un derecho del lector dice Pennac: el derecho a no leer.

El modo de compartir lecturas ayuda a conocer al otro, en términos de lo social, podemos conocer los modos de ser y de pensar por medio de los libros, es un acto libertario. Así te encuentres en cautiverio. Conocí en el año 2017 la biblioteca pública que se encuentra en el Centro de Reinserción Social del Estado de Tabasco (Creset), en Villahermosa. Pertenece a la Red Estatal de Bibliotecas Públicas, su acervo se encuentra gastado, viejo. A lo que llaman patio en el Creset es una villa neutral donde todos conviven y comparten un cautiverio inexplicable. Hice plática con un par de personas privadas de su libertad, quienes me comentaron que hacían falta libros; intercambiamos comentarios sobre lecturas y autores afines; a ciertos escritores como el clásico Gabriel García Márquez hasta coincidencias en que Paulo Coelho es un invento editorial. Les pregunté si habían leído a poetas tabasqueños y fruncieron el ceño en total desconocimiento «no pero trae uno *pa* leerlo». Al la visita siguiente llevé tres libros para compartir lecturas y dentro de ellas venía un poemario de un poeta tabasqueño, un premio «José Carlos Becerra».

Pasaron quince días para que yo regresara al patio del CRESET, donde me revisaban sin muchas ganas los pocos libros que metía a las visitas mientras yo pensaba en el *Conde de Montecristo* de Dumas. En aquel cautiverio se lee, se reflexiona y comparten los libros y hay libertad para expresar las ideas, esas no pueden encerrarse. En otra visita le pregunté a la persona que le había prestado el libro de poemas laureado premio «José Carlos Becerra», si le había gustado y contestó sonriendo «No le entendí nada, ¿de cuál fumó ese compa?».



Entre las novedades editoriales de la Secretaría de Cultura está el volumen *Palabra en libertad*, textos escritos por los integrantes del taller literario del CRESET.

MISCELÁNEA

La palabra encantada

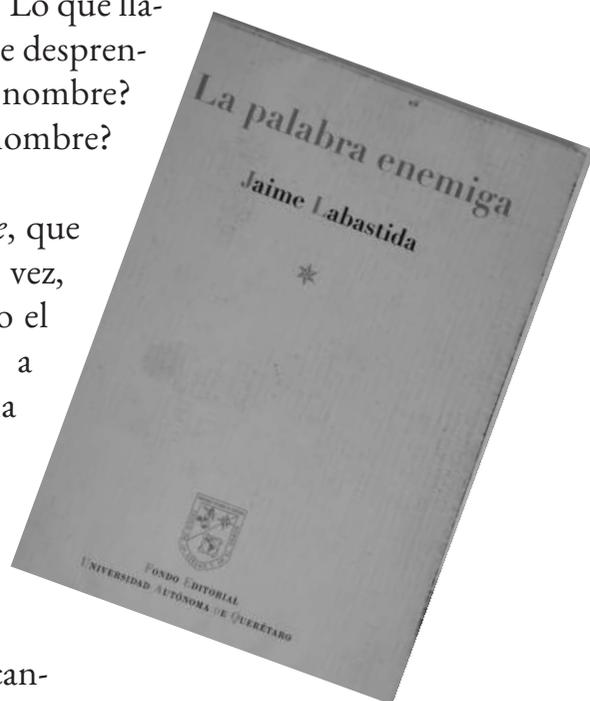
Jaime Labastida 



He aquí al desnudo, nuestro problema. Una joven habla como un filósofo, turbada por el amor. Sabe que existe una opción brutal entre los nombres y las cosas, o como lo expresaría signos más tarde un lingüista, entre el significante y el significado. Advierte también que existe una oscura relación, que no comprende, entre el nombre del muchacho que ama y los atributos que éste posee. ¿Qué hacer, entonces? ¿Romeo debe rechazar su nombre, para abrazarla a ella, entera? Ni en el nombre de Montesco ni en el de Romeo hay manos, pies, brazos o rostro que le pertenezcan. Lo que llamamos rosa, bajo cualquier otro nombre desprendería su dulce aroma. ¿Qué hay en un nombre? ¿Qué es un nombre? ¿Qué está en un nombre? *What's in a name?*

Shakespeare usa el significante *name*, que viene del latín *nomen*, *-inis*, y éste, a su vez, del griego ónoma, que en castellano dio el significante nombre. Platón, vayamos a los antecedentes más ilustres, examina algunos nombres griegos (sustantivos o nombres propios, opuestos a verbos); busca la etimología, el significado de las palabras. Quisiera decirlo con cuidado: Platon, el pobre, ignora la diferencia entre significado y significante, no ha leído a Saussure. ¿Qué habría sucedido si Platón hubiera emprendido la lectura de Ferdinand de Saussure? ¿Qué sería del *Cratilo*?

El nombre, el significante, es un conjunto de sonidos. ¿Puede desprenderse de sus significados? Ese conjunto de sonidos posee un sentido, designa un objeto, evoca una cosa. Si tal sonido crea en el que lo escucha la imagen del objeto, el significante (el arbitrario nombre de la rosa) será eficaz y cumplirá su función. Romeo y Montesco son solo nombres, es cierto, pero encierran algo más que los brazos y el rostro de un adolescente: la historia de una familia; adolescencia y muerte; odio, un amor imposible la tragedia. Pues la tragedia de *Romeo y Julieta* se desencadena por esa cuestión aguda de los nombres, problema sencillo que una muchacha enamorada no comprende. ¡Déspojate de tu nombre!, he ahí la petición brutal de Julieta. Ella, sin embargo, ¿dejará de ser una Capuleto?



¿Qué hay en el nombre? Sonidos, un conjunto arbitrario de sonidos que posee, empero, sentido, significado. Saussure rompió el nudo gordiano y nos hizo saber que la relación entre el significante y el significado no era necesaria. ¿Por qué en Julieta, sin embargo, el nombre de Romeo aparece cargado con tales tintes de pasión? Ella no está enamorada de un nombre. Pero ese sonido evoca en ella a una persona, el muchacho de carne y hueso que ha visto, unos momentos antes, en un baile. Algo que llamamos real, unido a un nombre. Julieta, lo mismo que Platón, no puede leer a Saussure e ignoraba que el significado era arbitrario. La tragedia de estos amantes, ¿se habría evitado si los jefes de las dos familias enemigas hubieran estudiado la lingüística estructural?

La palabra ¿es enemiga de la cosa? ¡Nada más que tu nombre es mi enemigo! La palabra es la enemiga. La palabra asesina evita la relación directa con el joven que Julieta desea, ese muchacho que, al despojarse de su nombre, podría tomarla, entera. ¿Sabe Julieta lo que dice? ¿Puede Romeo tomarla, tal como ella lo reclama, *all myself*, ella misma, entera? ¿Su nombre incluido?

La poesía y el amor se pronuncian como lo hace Julieta, con la conciencia de que el sonido de la palabra Romeo no es el joven que ella ama, con esa amarga sabiduría que revela que el nombre de la rosa no desprende perfume alguno. Pero al propio tiempo, de acuerdo a una lógica implacable, la imposición lógica del amor y la poesía, con la inútil conciencia de que esas palabras no pueden decirse de otra manera ni con ningún otro acento. En poesía, el significante y el significado van juntos y jamás pueden separarse.



Fragmento de *La palabra enemiga*, de Jaime Labastida, Universidad Autónoma de Querétaro, 2018.

ENSAYO

De industria femenil ...

Los afeites en la obra de Sor Juana

María José Rodilla 



En las primeras décadas del XVII, el carmelita fray Juan de Ruelas escribió un tratado de la hermosura y, para definirla, se fijó en los postulados de Aristóteles, quien pensaba que los hermosos o hermosas habían de ser altos, de miembros bien proporcionados y de color rojo y con luz y claridad en el rostro. Integridad, orden, proporción en los miembros y el color, según la complexión, son los puntos que proponen san Dionisio Aeropagita, san Agustín y santo Tomás, así como Alberto Magno, «el qual pone la hermosura en vna buena gracia y grandeza de cuerpo en vna principal disposición de miembros, y en buen color». Sin embargo, el carmelita se lamenta porque la hermosura en sus días está menoscabada, ya que si ve un cuerpo alto es con la ayuda de los chapines, si en un rostro hay un color rosado es debido a los ungüentos y carmines. Si en su faz hay resplandor es por causa del alcanfor y el solimán y si tiene los dientes blancos es gracias al que inventó los polvillos para blanquearlos, o sea, la belleza se crea con artificio, presupuesto que los escritores barrocos barajarán constantemente en sus obras para contraponerlo a la naturaleza, como el caso de sor Juana Inés de la Cruz, excelente maestra del retrato femenino siempre teñido de un gran humor; ya sean sus modelos Belilla o Gila, Lisi o Elvira, sus versos dan una vuelta de tuerca a las metáforas petrarquistas al uso con imágenes insólitas, a veces, burlescas y, en ocasiones, prosaicas, como el caso de Lisarda, de los Ovillejos, en los que siguiendo el tópico de la pintura como el acto de

la escritura, *ut pictura poesis*, elabora un jocoso metapoma donde, al tiempo que va buscando las consonantes, reivindica la originalidad burlándose de las metáforas trilladas, «cansadas», sobre la dama del amor cortés y luego de la beldad garcilasiana: flores, oro, estrellas, coral, perlas, piedras preciosas, arcos, soles, rosas, alabastro, nieve, marfil y plata son sustituidos en el retrato de Lisarda por las cosas más vulgares, pedestres y prosaicas: cañerías, bocados de cecina, buñuelos o una cantimplora, pero sin ningún ánimo sarcástico, al contrario, de una manera jocosa, afectuosa y con respeto y solo con el afán de alabar su belleza natural, sin afeites como el carmín o la grana, aunque si Lisarda desea usarlos, le propone que «gaste su dinero, / que es grande soberbia / el quererla afeitar a costa mía».

En el romance 43 tampoco encuentra cómo describir la hermosura de Elvira, condesa de Galve, por más que busca en jardines, luces, estrellas y claveles, además de fatigarse con la lectura de tantas musas:

Pues a los poetas, ¡cuánto
Les revolví los afeites
con que hacen que una hermosura
dure aunque el tiempo le pese.

Su postura claramente es la reivindicación de lo natural frente al artificio y a la afectación de los afeites, como vemos también en los dos retratos festivos de las endechas A Belilla pinto y



María José Rodilla
Licenciada en Filología
románica por la
Universidad de
Extremadura.
Es catedrática de la
Universidad Autónoma
Metropolitana.

Agrísima Gila donde, de nuevo, lo cotidiano y comestible sustituye a la metafórico manido: En el cuello de Belilla se puede hallar requesón y en sus manos almidón por su blancura; su respiración desprende aromas de ámbar y algalia y su pie es tan pequeño que no necesita calzador. En el pelo de Gila está derretido el ámbar y la mirra, dos de las especias más cotizadas, la frente «el jazmín / pretende afeitarse» de tanta blancura, los ojos son tan aceitunados que están «bien aderezados / de orégano y sal», sus mejillas quiso teñirlas un lagar, pero se quedó en agraz, en uva que no está madura por ser Gila tan niña; su «cándido cuello / tan nevado está, / que sobre el limón / se puso la sal» y sus manos son «de cuajada leche». Como vemos, lo natural es para sor Juana el mayor valor, los alimentos le sirven para hacer bromas con los atributos femeninos y para ella los adornos son superfluos, porque estas mujeres con su belleza natural vencen a los afeites, como promulga también en la Respuesta a sor Filotea: «es tan apreciable el adorno natural del cabello», dice, pero ella lo corta cada vez que crece porque no le parece bien «que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno». De nuevo lo exterior pasa a un segundo plano frente al conocimiento y al cultivo del intelecto.

Sor Juana es sensible a los olores, que convierte en metáforas aromáticas: la boca de la condesa de Paredes es un «búcaro de fragancias» y sus movimientos esparcen «bálsamo de fragantes aromas». Los perfumes, considerados atractivos sexuales, aunque para algunos moralistas sean «hedores de luxuria», sor Juana no los juzga en absoluto, apenas se permite unos mínimos complementos olorosos en una décima sobre un regalo que manda a un Compadre y que consiste en pastillas de olor para la boca y unos guantes perfumados con ámbar:

Si el regalaros me toca
por Compadre, así se hará;
pero el regalo será
tan solamente de boca.
Mas, con todo, me provoca
a mí el cariño también,
a que vuestras manos den
de mi voluntad un rasgo,

porque nuestro compadrazgo
a todos les huelen bien.

Las pastillas para combatir el mal aliento solían ser de alcorza, que es una pasta muy blanca de azúcar y almidón, aunque hay muchos

más métodos: el agua de canela o de azahar, el hinojo, la nuez moscada e hierbas de buen olor o bien los fritos del melocotón machacados, regaliz, pimienta y miel cocido con vino o también especias aromáticas, cáscaras de granada, pistachos y nueces, hierbas frescas como el orégano, el cilantro y el poleo, el anís y la melisa. Y ya un verdadero lujo se consideraban los guantes perfumados con ámbar gris, que es la sustancia que se encuentra en las vísceras del cachalote, sólida, opaca, de color gris con vetas amarillas y negras, de olor almizcleño, usada en perfumería y para adobar guantes, coletos, bolsas y otras prendas de piel.

También Calderón, en *La desdicha de la voz*, presenta a doña Leonor, que espera a la dama de su hermano don Diego en su casa para servirla y festejarla y le pide a Isabel que una esclava saque lo más lujoso que posee:

plata, y ropa reservada,
de todos mis escritorios
las buxerías, y alhajas;
de mas buen gusto, abanicos
de Nápoles, guantes de ámbar
pastillas de olor y boca,
tocados, cintas y bandas.

Incluso en su magnífica silva filosófica y mitológica, *Primero sueño*, aparecen brevemente los afeites cuando se refiere a la sangre de Venus, que tiñó las rosas blancas con su sangre y con este nuevo color fueron merecedoras del aplauso de los prados. La flor más hermosa será entonces símbolo de la vanidad de la mujer, quien también es admirada por el vulgo, pero no por su belleza natural, como la de la rosa, sino por el barniz de sus afeites obtenidos con los venenos del solimán o el albayalde:



de industria femenil que el más activo
veneno, hace dos veces ser nocivo
en el velo aparente
de la que finge tez resplandeciente.

No en vano el doctor Andrés Laguna (1510-1559), en sus comentarios a Dioscórides, se refiere al venenoso solimán como corrosivo y mordaz, puede quitar las manchas del rostro, pero también secar y consumir la piel, por lo que las mujeres que se afeitan con él, aunque sean de poca edad «presto se tornan viejas, con unos gestillos de monas, arrugados y consumidos».

En su teatro, sor Juana se permite también algunas bromas con los afeites, que suelen estar en boca de los graciosos, como en otros dramaturgos coetáneos. En *Los empeños de una casa* hay un juego de palabras con los afeites entre don Carlos y su criado Castaño:

Don Carlos: «Si en belleza es Sol Leonor,
/ para qué afeites quería?
Castaño: «Pues si es sol, cómo podía
/ estar sin el resplandor?».

Aquí el juego del doble sentido radica en que el resplandor es un compuesto de albayalde para acicalarse. «Hasta resplandor tienen, sin ser soles ni estrellas», dice Quevedo en *El sueño del infierno*.

Más tarde, el gracioso Castaño se disfraza de mujer para llevar un papel a don Rodrigo de parte de don Carlos y cuando se está travistiendo se da cuenta de que le hace falta el solimán para darse una «manita de gato», pero inmediatamente lo deshecha y trata de «ingrato» a tan venenoso afeite: «la color no me hace al caso, / que en este empeño, de fuerza / me han de salir mil colores, / por ser dama de vergüenza». Después se pone unos guantes para cubrir las varoniles manos y un «abanillo», aunque su verdadera arma será el manto, prenda que tiene múltiples referencias en la poesía y el teatro áureos y bastante documentada en las pragmáticas que salieron para prohibirlo por ser un accesorio muy importante en los siglos XVI y XVII, ya que condenaba a las mujeres que lo usaban como instrumento de seducción, al igual que los afeites y otras galas y adornos del cuerpo. El gracioso Castaño diserta sobre sus hiperbólicas cualidades:



El manto lo vale todo,
échomelo en la cabeza.
¡Válgame dios! cuánto encubre
esta telilla de seda,
que ni hay foso que así guarde,
ni muro que así defienda,
ni ladrón que tanto encubra,
ni paje que tanto mienta,
ni gitano que así engañe,
ni logrero que así venda.

Las prohibiciones del manto se sucedieron continuamente y se iban promulgando cada vez penas más severas: En 1639, Felipe IV impuso la multa de diez mil maravedís la primera vez y la pérdida del manto; la segunda, veinte mil maravedís e incluso la pena del destierro. Sin embargo, y a pesar de las sucesivas renovaciones de la pragmática, tampoco durante el reinado de Carlos II se logró desterrar esta costumbre y llegó, aunque ya pasado de moda, hasta la época de Carlos III, con la última prohibición de 1770. León Pinelo, en 1641, publicó una sugerente obra, *Velos antiguos y modernos en los rostros de las*

mujeres; sus conveniencias y daños, que ilustraba la Real Pragmática que prohibió los mantos a las tapadas y habló de los diferentes tipos de velos desde la antigüedad hasta sus días señalando además los teres fines para los que fueron inventados con el fin de que pudieran salir las mujeres públicamente: autoridad, honestidad y sujeción. Planteó las diferencias entre taparse y cubrirse y condenaba además el tapado de medio ojo: «A las que usan cubrirse todo el rostro con el manto, llamamos llanamente Cubiertas, i a las que descubren media vista, i en estilo vulgar dizque de medio ojo, Tapadas». Y exactamente así, tapada de medio ojo «con el un ojo recluso / y con el otro de fuera» sale Castaño a su embajada temiendo que alguno se enamore de ella. Y, en efecto, don Pedro lo toma por Leonor y castaño contesta como tal, aunque de manera necia, para lograr más enredo en la comedia. Don Pedro le pide que se quite los guantes y le dé las manos y Castaño no quiere dárselas alegando que las tiene enfermas «y ni han bastado recetas / de hieles, ni jaboncillos / para que a su albura vuelvan»; sigue el enredo y cuando nuevamente le pide la mano, Castaño contesta: «Sí, que os la tengo / para dárosla más blanda, / un año en guantes de perro» y cuando se descubre el embuste y Castaño queda sin manto, dice: «No soy sino el perro muerto / de que se hicieron los guantes».

Sor Juana es un verdadero cofre también de sabiduría doméstica, conoce sobre el cuidado del cuerpo y las prácticas que se llevaban a cabo para mantener el buen olor corporal, para suavizar y blanquear las manos con hiel de vaca, sebo de cabrito o riñonadas de ciervo y sabe de la costumbre de adobar y perfumar guantes con ámbar, un lujopreciado, que también usaba el lindo don Diego, como nos refiere el gracioso Mosquito en la comedia de Moreto del mismo nombre. Aunque algunos los consideran venenosos, tal el solimán o el albayalde, lejos de presentarlos como vicios en la mujer, sor Juana diserta de una manera desenfadada y humorística sobre los afeites, pero sobre todo, defiende la belleza natural frente a todo tipo de artificios de industria femenil, pero en varios romances asoma su delicadeza femenina al describir la perla que adorna el tocado de la condesa de Galve o la «emplumada diadema» que le envía a ella la condesa de Paredes desde Lima, detalles encantadores de su inimitable pluma que considera a la mujer como «la que del adorno / nunca necesita, / pues siempre amanece / de rayos vestida».



Berci Domínguez

Como un tren

I

A veces,
 entrar a un hospital
 es como acercarse al mar del infinito,
 donde no se sabe si hay algo más allá de la orilla,
 una sólo se empieza a caer poco a poco.

A veces, entrar a un hospital,
 se parece a poner un pie sobre la arena,
 respirar por los poros, la humedad
 de esas aguas saladas
 de la vida en el borde
 del horizonte siempre alejándose,
 como si fuera a morir, sin morir.

A veces, entrar a un hospital
 es irse, poco a poco, despidiendo de todos
 sin pronunciar siquiera
 la palabra adiós.



2

Los hospitales no huelen nada más a medicinas,
 a alcohol
 o el cansancio de los futuros deudos
 de quienes llegan a pasar sus últimos días
 con la esperanza de quedarse más tiempo entre nosotros.

Los hospitales suenan también como
 una vida que apenas va a empezar,
 con un llanto –el cliché de los nacimientos–.

Los hospitales huelen a café con leche,
 al chocolate espeso de una tarde nublada.

Son como un tren,
 un autobús o un barco
 que no se mueven aparentemente,
 pero siempre están trayendo viajeros
 o llevándoselos a alguna parte,
 sin que nadie sepa
 de dónde vienen, adónde van, a ciencia cierta.



Berci Domínguez

Autora de *Ecos literarios de Iberoamérica. Artículos, ensayos y reseñas* (Editorial Venablo/Ediciones Morbo, Ciudad de México, 2018) y coautora en *Voces desde la casa. Antología de Literatura Contemporánea Tabasqueña* (Secretaría de Cultura, 2019).

*Este poema forma parte de la antología *Voces desde la casa. Antología de Literatura Contemporánea de Tabasco*.

Los cuentos de Grajeda

Memoria, paisaje y personajes

Kristian Antonio Cerino 

*Luego, cuando el iris del faro
ponga a tiro de piedra el horizonte,
tendremos pesca.*

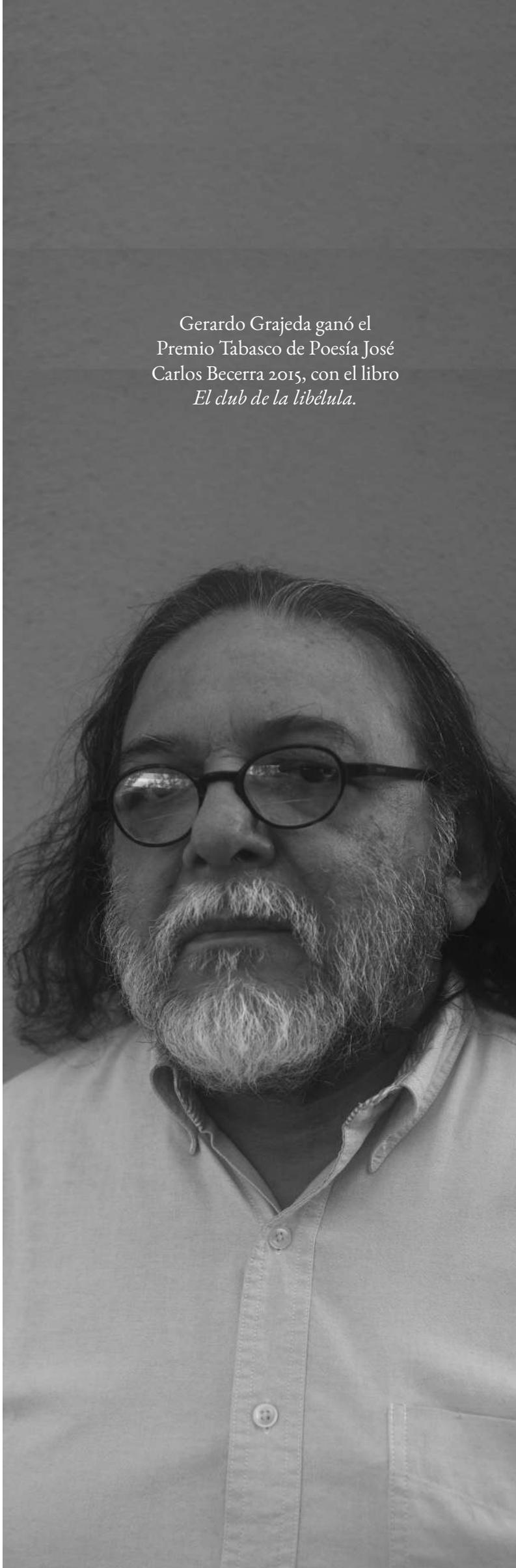
José Gorostiza

Samantha, la niña que escucha la mar es un cuento breve escrito por Víctor Grajeda en 2018. Su brevedad se reduce a XVII páginas que están ilustradas por Pável Santa Rosa.

Grosso modo: Samantha (en ocasiones acompañada por su perro el «Durazno») contempla y disfruta de la mar: ¿Es sólo un goce por la playa y el océano la percepción de Samantha? No precisamente. La protagonista del relato, que entre párrafos el lector encontrará fragmentos poéticos, vincula su experiencia con la mar para describir las sensaciones que provoca meter los pies en el agua, enterrarse en la arena o simplemente nadar. En ella está la idea de construir imágenes a través de la ficción para mostrarnos que al mar uno se adentra con los ojos, pero más con los oídos. Samantha escucha el mar y sólo así vive. Se inmortaliza.

Samantha, la niña que escucha la mar, publicado por el gobierno de Tabasco, se

Gerardo Grajeda ganó el Premio Tabasco de Poesía José Carlos Becerra 2015, con el libro *El club de la libélula*.





Fotos: Carlos Coronel / Secretaría de Cultura

Kristian Antonio Cerino
(Jalpa, de Méndez, 1980.)
Académico y periodista.
Actualmente realiza un doctorado en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Veracruzana.

puede leer en dos sentidos: con el texto y las ilustraciones juntos o de manera separada. Sin embargo, hay dos discursos unidos en la misma obra: el estructural y el visual a través de las ilustraciones.

Yo he leído el cuento breve (o prosa poética) en las dos formas porque recordé la novela mexicana *Baile y cochino*, de José Tomás de Cuéllar. En un seminario sobre “Prensa y Literatura del siglo XIX”, realizado en la Universidad Veracruzana en 2018, se presentó un estudio sobre *Baile y cochino*. Básicamente se mostró, en la línea del tiempo, las diferentes ediciones de esta obra. En una primera edición (a manera de folletín) se publicaron las imágenes originales de la novela y en otras ya no; se omitieron por decisión de los editores. Entonces es válida la pregunta ¿puede una obra literaria acompañarse de ilustraciones? Desde luego. Lo hizo Julio Cortázar cuando escribió y publicó dos tomos de *La vuelta al día en ochenta mundos* (1967), narraciones y ensayos de la época y del pasado. También lo han hecho otros.

Samantha, la niña que escucha la mar está ubicada en una playa ficticia sin nombre. Tampoco es imprescindible que tenga un nombre. En este pedazo de costa, Samantha en las visiones que proyecta de lo que ve y escucha, está frente a la inmensidad: contempla los barcos piratas, submarinos, castillos de arena, el oleaje. Aunque Grajeda no describe al faro, en las ilustraciones el obelisco de luz está rodeado de aves. La parvada es grande.

Es evidente que el personaje principal es «la mar», como el protagonista fue el viaje para el escritor y traductor mexicano Sergio Pitol. El mar se instala como el gran escenario y toda gira a su alrededor por medio de Samantha que lo carga de simbolismo.

El cuento comienza con una negación de un personaje secundario que está enunciado desde la voz de Samantha. Al narrar en primera persona «la niña que escucha la mar» dice: «Mi madre no quiere que nade en el mar», seguido del sentimiento profundo que ella en verdad siente: «A mí me gusta el mar: su canto, su inmensidad y su forma de jugar conmigo».

A cada negación de la madre sin nombre hay una afirmación de la chica que tiene unos diez años. Una antítesis. «A mi madre no le gusta que vaya al mar en la noche» por «a mí me gusta ver las estrellas en el cielo». Otra: »A mi madre no le gusta que vaya sola al mar» por «a mí me gusta ir sola...».

Hay una última confrontación entre la prohibición y el deseo: «A mi madre no le gusta que vaya al mar» (porque dice) que regreso »llena de arena a ensuciar la casa», pero como un alumbramiento rápido de faro, ella responde: «Cómo es mamá: ya olvidó que la arena es un regalo del mar para que te acuerdes de él».

Poco a poco la madre prohibicionista se desvanece de la historia como arena arrastrada por el oleaje. Así emerge el abuelo para mediar al decir que guarde la arena en un frasco, debajo de la cama, porque ésta cuidará a la nieta de las pesadillas nocturnas.



Samantha aparece aquí y allá como aquella mujer isleña en *La invención de Morel*, de Bioy Casares. Hay arena y humedad en sus pies. Dato curioso: cuando en las ilustraciones esta niña mira de frente (pensemos que observa al lector) mantiene sus ojos cerrados, y cuando mira al mar es posible que también los cierre porque estando en la playa oye y siente el mar. Así se configura. Sabe que al abrirlos ahí estará su inmensidad: «los colores del mar llenan mis ojos cuando sueño; y cuando los abro, llenos de recuerdos».

Del mar, se dice, que es un «rompecabezas» y que es un «tren descarrilado». De Samantha que por ahora duerme en la luna, seguramente (palabras mías) en la espera de que amanezca para entregarse al sitio del que nunca querrá y podrá salir, como en una invención.

Es un cuento, es un poemario, es un relato. Es un texto ilustrado para niños y para adultos, para todos.





Sobre *Los días erráticos*

Jorge Vital 

La novela *Los días erráticos* desde su inicio nos identifica un trabajo arduo por parte del escritor, no se toma tiempo para entrar en calor, comienza trepidante, se puede beber a morro la ficción en sus primeras cincuenta páginas. Con inercia feroz se llega a un gran capítulo llamado *The cockroach effect* e inmediatamente nos subimos a un viaje en tren que se degusta por su descripción; hasta ahí el lector debe elegir una decisión: tomar sin dosificación la historia social a partir de individuos aterrados o saborear los detalles valiosos que Ángel Vega nos regala. ¿Cuáles detalles? Primero la estructura de la novela, logrando una narración intercalada, bien dispuesta y sin entregarnos por completo a cada personaje; después el ejercicio de remembranza sobre el Distrito Federal de los años noventas; posteriormente la conjugación de escenas de corte cinematográfico que se acompaña de la descripción de los antiguos cinemas de la ciudad (de los cuales creo no queda ninguno en pie); y para finalizar esa explicación directa e indirecta del éxodo migratorio que sucedió dentro del país debido a la telúrica tragedia del 85. Es decir, baraja los tiempos pero no obstaculiza el flujo de la novela.

Otra arista que me llamó en demasía la atención es que el abordaje al tema de la violencia es periférica; si bien la cuarta de forros nos avisa que la narración será en torno de ac-

tos violentos —dos, que van de la mano—. La insurrección secundaria a una matanza de campesinos perpetrada por el gobierno; eso, aunado, a la portada ensangrentada nos hace esperar un texto plagado de bigotudos / sombrerudos disparando balazos a discreción —perdón por el arquetipo de bigotudo/sombrerudo pero la novela se desarrolla, repito, en los ya lejanos noventas—. En fin, existe violencia dentro del texto pero no de la que se nos anuncia y eso en lo particular me alivió un poco. Un texto que vence la expectativa superficial que te han vendido, vale mucho. Existe pero una violencia cotidiana e intrínseca de la región central de la república: el realismo canalla del existir; y es la fuerza gravitatoria del realismo la que marca con particularidades a los varios personajes que surgen de la trama.

Estas particularidades sobrevienen de emociones puras, por ejemplo, quién podría imaginarse a un militar mexicano que odia el cine a partir de una experiencia de desamor —voy a sonar malinchista pero eso podemos imaginarlo quizá de un polaco, de un alemán, de un italiano influenciado por Pasolini—. Natalia, aka La Natas, una actriz que añora el trabajo que alguna vez desempeñó en el mar; un estudiante de cine, hijo maldito de la ciudad, que sufre las peripecias de la pobreza —existe un pasaje que incluye la descripción del viaje en camión desde Ecatepec a la ahora Ciudad de México, cito: «Apretujados hasta los límites de la física, abordaron también los obreros, las amas de casa, las trabajadoras de las maquiladoras, los miembros de las faunas urbanas, los hijos del *heavy* nopal, los *darketos* de rancho, los *punks* rurales; increíblemente hubo espacio hasta para que entraran los que tenían facha de ser estudiantes de verdad, que eran la mayoría»; una activista/periodista que no supera la relación de su ex novio teutón y que quizá deviene en un lesbianismo radical; un



Carlos Coronel / Secretaría de Cultura

Jorge Vital

Médico cirujano por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco (UJAT). Nació en Huimanguillo, Tabasco. Autor del libro de cuentos *Sombras incómodas*.

director de teatro frustrado por su impuntualidad con la historia. Un fugitivos de la historia, como lo menciona el mismo autor.

O sea, son personas supervivientes a derrotas puntuales que buscan flotar en la liviandad de la vida en un país de miles de millones de habitantes pero terminan inmiscuidos de una u otra forma en problemas con militares. Aquí es donde se ve la madera del periodista, soltando también a granel los detalles pero no dejando ninguno fuera, creando una atmósfera de tensión desde una cuartería hasta en un viaje en batea de camioneta a un cuartel campesino.

Una de las mayores sorpresas que me llevé en la lectura la encontré en sus páginas finales, posterior a la palabra FIN, en dos líneas nos explica el autor que se llevó trece años en la escritura de este libro, y me sorprende porque parece una suerte de premonición en cuanto a la sociedad hiper violenta en la que desafortunadamente nos encontramos. Y ojo, no se habla de una narconovela de las que ya no necesitamos ni una más; sino de una conspiración en los terruños escondidos de las sierras de nuestro país.

Nos extenderíamos tratando de abarcar el resto de los temas que Ángel Vega aborda en su novela, hay incluso un viaje psicodélico en Real de Catorce; sí, tiene algunos con los que navega de mejor forma, pero el resto no merecen atención, algo que nos indica que el autor es poco complaciente consigo mismo (algo que se agradece), en fin, no le ahorraremos el trabajo al lector, que vaya y disfrute la novela.



El cuento y su realidad

Pedro Luis Hernández Gil

Muchos creen que soy un voraz lector de cuentos. Tristemente tengo que decir que no. Soy un lector muy disperso. Esto también afecta mi escritura. Más que leer cuentos salgo a buscarlos, a que alguien me los cuente, por lo menos el inicio o el tema central.

Claro que he leído cuentos y tengo mis maestros: Rulfo, Revueltas, Bashevis Singer, Borges, Keret, Chesterton, Garro, entre otros. Creo que he leído más poesía y he vivido más los cuentos.

La mayoría de los cuentos que he escrito me los dictan inconscientemente o de plano los vivo con alevosía y ventaja. La idea de un cuento la puedo tener en mi cabeza durante mucho tiempo. No es como escribir poemas. La poesía no espera. El cuento puede esperar si el cuentista tiene buena memoria, (o por lo menos una libreta de apuntes).

Cuando se me ocurre un verso o un poema tengo que dejar todo y escribir, porque sino, el poema huye, la poesía se escapa. En cambio, si surge la idea de un cuento la estoy desmenuzando en la cabeza y ahí puede pasar días, meses o años, (aquí en este lapso, me puede dar flojera



y no escribirlo o hay una nueva idea que suple a la anterior) y, cuando creo que ya tengo resuelto la idea y sobre todo, sé perfectamente cómo voy a iniciar la historia, es donde tomo lápiz o papel o el ordenador.

Hay que estar atento a lo que dicen tus amigos, enemigos y todo el que quiera desahogarse, por ahí puede colarse una buena historia. El chiste es saber que esa historia es la digna para ser escrita y ojo, no fielmente. Para mí, un buen cuento tiene mitad mentira y mitad verdad.

Los cuentistas que dicen que todo lo que escriben es producto de su imaginación están mintiendo. (Al final son cuentistas, mentirosos profesionales). Todo arte tiene el sello personal de su creador, aunque sea un detalle, una esquirla, un verso, un guiño.

En estos tiempos digitales, el cuento tiene un reto: adaptar esa inmediatez de las redes, integrar el lenguaje pertinente y poner a los personajes y situaciones en esta espiral tecnológica que para bien o para mal, ya es parte del día a día del ser humano, el gran personaje del cuento.

He integrado a mis últimos cuentos, las redes sociales, las vídeo llamadas, el lenguaje precario de los jóvenes, hago referencia de música actual (*reggaeton*) y series de «streaming» para hacer de la historia algo creíble, y que comulga con la manera en que veo la literatura y lo que lo rodea.

Los cuentos siempre se van a adaptar a nuestros tiempos porque al final somos nosotros los que contamos la historia, somos nosotros los personajes de los temas que siempre nos provocarán escribir: el amor, la muerte, la vida misma.



Carlos Coronel / Secretaría de Cultura

Pedro Luis Hernández Gil

Promotor de la lectura en su Taller de la Diversidad Textual. La Secretaría de Cultura publicó en 2019 su libro *Historia del mucho antes y otros cuentos*.

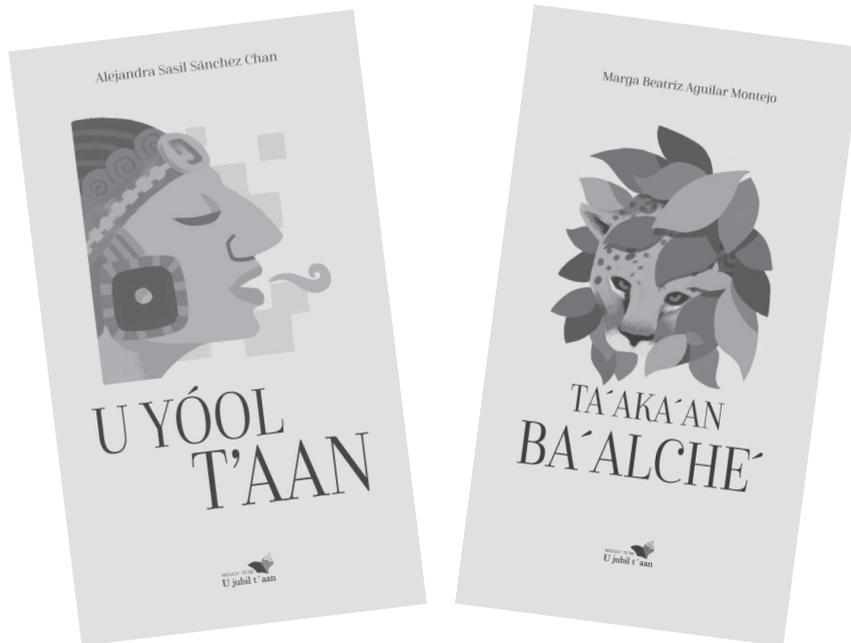
Estos poemas forman parte de las plaquetas *Ta'aka'an ba'alche'* (*Animal oculto*), de Marga Beatriz Aguilar Montejo, y *Uyóol t'aan* (*Esencia de la palabra*), de Alejandra Sasil Sánchez Chan, escritoras en lengua maya, que con el apoyo del Programa Nacional Salas de Lectura en Yucatán, Sedeculta y Editorial Mozaico, buscan promover la difusión de la lengua materna. El par de cuadernos pertenecen a la colección *Ujubil t'aan* o «Caracol de voces», que edita los poemarios en maya sin traducción; la versión presente es de Sandra Chan Ordóñez.

Marga Beatriz Aguilar Montejo

Kimwn peek'

Je'ex u jaanta'al kimen peek'e',
 bey u jaanta'al wíinik ku t'aan yéetel t'aano'ob ku síijil tu
 tuukul;
 ku multa'al tumeen jch'oomo'ob,
 ku k'óoyko'ob u yich utia'al ka okok katjal éek'joch'e'enil
 tu pool;
 tia'al u ka'a a'al; bey xt'uut; le ba'ax ku ya'alik leti'obo'.
 Je'ex kimen peek'e',
 mixmáak u k'áat yilej,
 saajko'ob u satkbo'ob jump'éel t'aan pak'bil beeta'an tu
 poolo'ob.

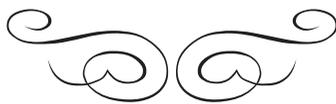




Perro muerto

A sí como devoran el cadáver de un perro,
así comen al hombre que habla con las palabras

que nacen de su pensamiento;
lo rodean los zopilotes,
le escarban su ojo para que la oscuridad entre a vivir en su
cabeza;
para que lo encierren; como a un *xt'uut'*; lo que ellos dicen.
Así como al cadáver de un perro
nadie lo quiere ver,
tienen miedo de perder la palabra sembrada en sus cabezas.



Alejandra Sasil Sánchez Chan

Ayaabilaj

B eey kóokay ku jojopáankile',
k'áan ku yúumbal,
moson ku sutulsuut.
Beey ja' saap'ale',
si' too'ka'ane',
oochel ich éek'jooch'e'ene',
beey a yaabilajo'
beey u yúukbal ja'e'; ku bin, ku suut.

Tu amor

C omo el titilar de la luciérnaga
la hamaca se mece,
el torbellino gira.
Como agua que desaparece,
leña quemada,
la silueta del ojo oscurecida,
así son tus amores
como el sonido del agua: va, viene.

